LIBRO dot.com

EL ÚLTIMO VERANO DE KLINGSOR
HERMANN HESSE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

NOTA PRELIMINAR

EL ÚLTIMO VERANO de su vida lo pasó el pintor Klingsor -contaba cuarenta y dos años de edad- en tierras meridionales, cerca de Pampambio, Careno y Laguno, lugar que le gustaba desde hacía tiempo y que había visitado con frecuencia. Allí surgieron sus últimos cuadros, aquellas paráfrasis Ubres de las formas del mundo de los fenómenos, aquellos raros, brillantes, pero tranquilos cuadros soñolientos con árboles encorvados y casas llenas de plantas, cuadros que los expertos prefieren a los de su época «clásica». Su paleta ya presentaba entonces pocos colores, muy brillantes: amarillo y rojo cadmio, verde veronés, esmeralda, cobalto, violeta-cobalto, bermellón francés y granza.

La noticia de la muerte de Klingsor sorprendió a sus amigos a finales de otoño. Algunas de sus cartas habían manifestado presentimientos o deseos de muerte. Por ello corrió el rumor de que se había suicidado. Rumor tan poco consistente como otras habladurías que circulaban y que resultan comprensibles tratándose de un nombre tan discutido. Se decía que Klingsor había enloquecido desde hacía meses. Un escritor poco perspicaz intentó explicar lo paradójico y extático de sus últimos cuadros por esta supuesta locura. Más fundamento que esta charlatanería tiene la leyenda, rica en anécdotas, sobre su inclinación a la bebida. Esta inclinación existía realmente aunque nadie la nombraba por su nombre, excepto el propio artista. En determinados momentos, y especialmente en los últimos meses de su vida, el beber con abundancia no sólo le proporcionaba alegría, sino que buscaba en la embriaguez consuelo a su dolor y a su tristeza, sentimientos que a menudo le resultaban insoportables. Li Tai Pe, autor de profundas canciones báquicas, era su poeta preferido; en sus borracheras muchas veces se llamaba a sí mismo Li Tai Pe y a uno de sus amigos le llamaba Thu Fu.

Sus obras sobreviven. En el pequeño círculo de sus íntimos perdura, sobre todo, la leyenda de su vida y de aquel último verano.

KLINGSOR

Aquel verano se presentaba excitante y animado. Los calurosos días eran larguísimos y llameaban como banderas ardientes. A las cortas y bochornosas noches de luna seguían las cortas y bochornosas noches de lluvia; las resplandecientes semanas deliraban como sueños, rápidas y pobladas de imágenes.

A medianoche, tras un paseo nocturno, Klingsor estaba en el estrecho balcón de piedra de su taller. Ante él se hundía profunda y vertiginosamente el viejo jardín, una aglomeración compacta de copas de árbol, palmeras, cedros, castaños, ciclamos, hayas, eucaliptos, llenos todos de enredaderas, lianas, glicinas. Sobre la negrura de los árboles brillaban pálidamente las grandes hojas metálicas de las magnolias de verano, gigantescas, blancas flores semiabiertas, grandes como la cabeza de un hombre, pálidas como la luna y el marfil, con un íntimo perfume de limón que ascendía de forma penetrante. De una imprecisa lejanía llegaba una lánguida música, tal vez una guitarra, tal vez un piano; no podía precisarse. De pronto en el patio gritó un pavo real, dos, tres veces; desgarró la noche boscosa con el sonido corto, desagradable y seco de su voz atormentada, como si el canto de todos los animales del mundo brotase de forma colosal y estridente de las profundidades. La luz de las estrellas se derramaba sobre el valle; en lo alto del bosque surgía una ermita abandonada, blanca, encantadora y antigua. Lago, montañas y cielo se fundían a lo lejos.

Klingsor estaba en mangas de camisa, con los desnudos brazos apoyados en la barandilla del balcón. Leía, malhumorado, con ardientes ojos, la escritura de las estrellas sobre el pálido cielo y la de las luces suaves sobre el negro e informe nubarrón de los árboles. El pavo real le hizo recordar. Sí, era otra vez de noche, tarde, y hubiera tenido que dormir a cualquier precio,

a todo trance. Tal vez si realmente durmiera durante una serie de noches, seis u ocho horas a fondo, tal vez conseguiría rehacerse, los ojos volverían a ser dóciles y pacientes, el corazón se tranquilizaría y el sueño no dolería, Pero este verano se iba terminando, este ardiente e increíble sueño de verano. Con él se habían derramado miles de copas no bebidas, se habían roto miles de miradas de amor no realizado, se habían borrado miles de imágenes irrecuperables.

Colocó la frente y los doloridos ojos sobre el antepecho de hierro. Le refrescó por un momento. Dentro de un año, o tal vez antes, estos ojos estarían ciegos y el fuego de su corazón extinguido. Nadie podía resistir mucho tiempo vida tan ardiente, ni siquiera él, Klingsor, el de las diez vidas. Nadie podía consumir día y noche, durante mucho tiempo, toda su luz, todo su fuego; nadie podía arder perpetuamente, día y noche; cada día largas horas de trabajo apasionado, cada noche largas horas de pensamientos enfebrecidos, siempre en tensión, siempre creando, siempre con todos los sentidos y los nervios lúcidos y despiertos, como un castillo tras cuyas ventanas resonara sin ce-música y ardieran miles de cirios, día tras día, noche tras noche. Todo iba a terminar. Había gastado muchas energías, había quemado mucha luz, había consumido mucha vida.

De pronto se enderezó y se echó a reír. A menudo había sentido algo semejante, a menudo lo había pensado, lo había temido. En todas las épocas buenas, fructíferas y creadoras de su vida, incluso en su juventud, había vivido así, había quemado la vela de su existencia por los dos extremos, con un sentimiento alegre unas veces, desconsolado otras, de rabioso derroche, de combustión, con un ansia desesperada de apurar totalmente la copa y con un profundo y disimulado miedo al fin. Con mucha frecuencia su vida había transcurrido así: vaciar la copa, arder en llamas. En ocasiones estos periodos habían terminado suavemente, como un profundo e inconsciente sueño invernal. En otras había sido terrible, desolación absurda, dolor infinito, médicos, triste renuncia, triunfo de la debilidad. Y la verdad era que cada vez el fin de una época fructífera resultaba peor, más triste, más destructor. Pero siempre había sobrevivido y, tras semanas o meses de tormento y aturdimiento, venía la resurrección, el nuevo ardor, la nueva erupción del fuego subterráneo, nuevas obras apasionadas, nueva embriaguez de vida. Ocurría así y se olvidaba y enterraba el miserable intervalo de tormento y negación. Así estaba bien. Pasaría, como había pasado tantas veces.

Con una sonrisa en los labios pensó en Gina a quien había visto por la tarde; sus pensamientos afectuosos habían jugado con ella durante todo el camino de regreso a casa. ¡Era tan hermosa y cálida en su inexperto y miedoso ardor! Juguetón y afectuoso se dijo a sí mismo, como si lo murmurase al oído de ella:

-¡Gina! ¡Gina! ¡Cara Gina! ¡Carina Gina! ¡Bella Gina!

Entró en la habitación y encendió la luz. De un desordenado montón de libros cogió un volumen rojo de poesías; le gustaba un poema, un fragmento, que le parecía hermosísimo, afectuoso. Buscó hasta encontrarlo.

¡No me abandones en la noche, en el dolor,
Tú, mi preferida, tú mi cara de luna!
¡Oh, tú, mi fuego, mi vela,
Tú, mi sol y mi luz!

Saboreó con delectación el oscuro vino de estas palabras. ¡Qué bonito, qué íntimo y delicioso!: «¡Oh, tú, mi fuego, mi vela!» Y «¡Tú, mi cara de luna!»

Sonriente anduvo de un lado a otro ante el balcón; recitó los versos, llamó a la lejana Gina: «¡Oh, tú, mi cara de luna!» La ternura oscureció su voz.

Abrió la carpeta que había llevado consigo durante toda aquella larga jornada de trabajo. Cogió el bloc de los bocetos, el pequeño, su predilecto, y buscó en las últimas hojas, las de ayer y hoy. Allí estaba la cima de la montaña con las profundas sombras de los peñascos. La había modelado como una caricatura, la montaña parecía gritar, aullar de dolor. Allí estaban el

pequeño pozo de piedra, semicircular, en la pendiente del monte; el arco amurallado lleno de sombras negras; encima, un granado en flor, rojo como la sangre. Todo únicamente para que él lo leyera, escritura cifrada comprensible sólo para él, apunte apresurado del momento, recuerdo arrancado a cada instante, en el que concordaban nueva y poderosamente la naturaleza y el corazón. Y ahora esbozos de colores, de mayor dimensión; blancas hojas con luminosos planos de pintura a la aguada: la villa roja en el bosquecillo, encendida como un rubí sobre terciopelo verde; el puente de hierro de Castiglia, rojo sobre montaña verde-azul y a su lado el muelle violeta, las calles rosadas. Luego la chimenea de la fábrica de ladrillos, rojos cohetes delante del verde -claro y frío- arbolado, un indicador de camino azul, un cielo violáceo con espesas nubes, como aplastadas. Esta hoja estaba bien, podía dejarse. La entrada al establo era una pena, el color castaño delante del cielo de acero estaba bien, hablaba, sonaba, pero sólo estaba terminado a medias. El sol se había reflejado en la hoja y le había producido un intenso dolor en los ojos. Después, durante mucho rato, se estuvo bañando el rostro en un arroyo. Pero el canela delante del azul metálico estaba allí, estaba bien, no estaba falseado o malogrado en el más mínimo tono, en la más pequeña vibración. Sin el *caput mortuum* no se hubiera conseguido. Aquí, en este terreno, radicaba el misterio. Las formas de la naturaleza, su situación en el espacio, su grosor y su delgadez podían dislocarse. Se podía renunciar a estos honrados instrumentos con que se imita a la naturaleza. También se podían falsear los colores, se podían intensificar, diluir, transformar de mil maneras distintas. Pero si se quería recomponer con colores un pedazo de naturaleza, sucedía que la pareja de colores complementarios se hallaba exactamente en idéntica relación y tensión que en la. naturaleza. Uno estaba determinado, seguía siendo naturalista aunque cogiese el naranja en lugar del gris o el granza en lugar del negro.

Había malgastado otro día. El rendimiento había sido escaso: la hoja con la chimenea de la fábrica y el tono morado sobre la otra hoja y, quizás, el boceto con el pozo. Por la mañana, con el cielo encapotado, había ido a Carabbina. Allí estaba la galería con las lavanderas. Podía llover de nuevo. Se quedó en casa y empezó el cuadro del arroyo al óleo. ¡Y ahora a la cama! Ya había transcurrido otra hora.

En el dormitorio se quitó la camisa y se echó agua sobre los hombros; el líquido chasqueó al caer sobre el rojo suelo de piedra. Saltó a la cama y apagó la luz. Por la ventana veía el pálido Monte Salute. Miles de veces Klingsor había leído en sus formas desde la cama. Llegó de la profundidad del bosque un grito de lechuza; profundo y cavernoso como el sueño, como el olvido.

Cerró los ojos y pensó en Gina y en la galería con las lavanderas. ¡Dios del cielo, tantos miles de cosas esperaban, tantos miles de copas estaban llenas! ¡En el mundo no había nada que no se tuviera que pintar! ¿Por qué existía el tiempo? ¿Por qué siempre esa estúpida sucesión y ninguna simultaneidad efervescente, saciadora? ¿Por qué estaba ahora, de nuevo, solo en la cama, como un viudo, como un anciano? En toda la corta vida uno podía disfrutar, podía crear, pero siempre cantaba una canción después de otra, nunca se oía toda la sinfonía, con todas sus cien voces e instrumentos al mismo tiempo.

Tiempo atrás, a los doce años, Klingsor había sido *el de las diez vidas.* En aquella época entre los muchachos había un juego de bandoleros. Cada uno de los bandoleros tenía diez vidas de las que perdía una cada vez que el perseguidor le tocaba o le alcanzaba con una flecha. Uno aún podía salvarse y escaparse con seis, con tres e incluso con una sola vida, pero con la décima estaba todo perdido. Él, Klingsor, sin embargo había puesto todo su orgullo en vivir con todas sus diez vidas y consideraba una deshonra escapar con nueve o con siete. Así había sido de niño, en aquel tiempo increíble en que nada en el mundo era imposible, en que nada en el mundo era difícil, en que todos querían a Klingsor, en que Klingsor mandaba a todos, en que todo pertenecía a Klingsor. Lo había seguido haciendo así y siempre había vivido con diez vidas. Y aunque nunca se podía lograr la saciedad, la plena sinfonía efervescente, su canción tampoco había sido a una sola voz, ni pobre, siempre había tenido un par de cuerdas más en su música que los demás, un par de hierros más en el fuego, un par de

táleros más en la bolsa, un par de caballos más en el coche. ¡A Dios gracias!

¡Qué pleno y palpitante sonaba el oscuro silencio del jardín, igual que la respiración de una mujer dormida! ¡Cómo gritaba el pavo real! ¡Cómo ardía el fuego en el pecho! ¡Cómo latía el corazón, y gritaba y padecía y se regocijaba y sangraba! Realmente era un buen verano el de Castagnetta. Vivía feliz en sus viejas y nobles ruinas; feliz contemplaba desde lo alto las espaldas de oruga de los cien castañares. Era bonito bajar de este viejo y noble mundo de bosques y castillos y observar el alegre y multicolor juguete y pintarlo en toda su viveza: la fábrica, el ferrocarril, los tranvías azules, la columna de anuncios en el muelle, los orgullosos pavos reales, mujeres, curas, automóviles. ¡Qué bella, torturadora e incomprensible era aquella sensación en su pecho, aquel ansia, aquel anhelo trémulo por cada retazo de color de la vida, aquella dulce y salvaje obligación de mirar y de crear y, al mismo tiempo, oculta, semiescondida, la íntima sensación de lo infantil e inútil de sus acciones!

La corta noche de verano se derritió delirante, de la verde profundidad del valle ascendía el vapor, la savia hervía en centenares de miles de árboles, cientos de miles de sueños brotaban en el ligero dormir de Klingsor, su alma vagaba por la sala de los espejos de su vida, donde todas las imágenes se multiplicaban, cada vez con un nuevo aspecto y un nuevo significado, y cada vez contraían nuevas relaciones entre ellas como si en un cubilete se agitara continuamente un firmamento de estrellas.

Hubo una imagen entre las muchas que soñó que le encantó y conmovió: estaba en un bosque y en su regazo tenía a una mujer pelirroja, una morena se apoyaba en su hombro, otra estaba de rodillas ante él, sostenía su mano y le besaba los dedos. Por doquier le rodeaban mujeres y muchachas, algunas niñas todavía, con largas y delgadas piernas, otras en plena floración, otras maduras con los rostros marcados por el saber y la fatiga. Todas le amaban y todas querían ser amadas por él. Entonces estalló la guerra y el fuego entre las mujeres, la pelirroja agarró con mano rápida el pelo de la morena y la tiró al suelo, pero ella misma también fue derribada; unas se lanzaban contra las otras, todas gritaban, se empujaban, mordían, se hacían daño y sufrían. Sonaban risas, gritos furiosos y aullidos de dolor se mezclaban y enlazaban, la sangre manaba por doquier, las uñas se clavaban sanguinariamente en la fina carne.

Con una sensación de dulce melancolía y congoja Klingsor se despertó unos minutos; sus ojos muy abiertos miraban fijamente el vano de la pared. Ante su mirada permanecían los rostros espasmódicos de las mujeres. A muchas de ellas las conocía y las llamaba por sus nombres: Nina, Hermine, Elisabeth, Gina, Edith, Berta. Y con la voz ronca de dormir decía:

-¡Niñas, terminad! ¡Vosotras me engañáis, me engañáis, no deberíais despedezaros entre vosotras, sino a mí, a mí!

Louis

Louis el Cruel había caído del cielo, apareció inesperadamente. Era un viejo amigo de Klingsor, el viajero, el caprichoso, que vivía en el tren y su taller estaba en la mochila. Aquel día cayeron del cielo horas buenas, soplaron vientos propicios. Pintaron juntos en el monte de olivos y en Cartago.

-En realidad, ¿tiene algún valor toda esta pintura? -dijo Louis en el monte de olivos, tumbado sobre la hierba, desnudo y con la espalda roja del sol-. Uno sólo pinta *a faute de mieux,* querido. Si siempre tuvieras en tu regazo a la muchacha que te gusta y en el plato la sopa que deseas, no te atormentarías con bagatelas tan absurdas. La naturaleza tiene diez mil colores y nosotros nos hemos empeñado en reducir la escala a veinte. Eso es la pintura. Nadie está nunca contento y uno aún tiene que ayudar a que los críticos se alimenten. En cambio, una buena sopa marsellesa de pescado, caro mío, con un poco de vino templado de Borgoña, .después una escalopa milanesa y de postre peras y gorgonzola y un café turco, ¡eso son

realidades, señor mío!, ¡eso son valores! ¡Qué mal se come aquí, en vuestra Palestina! Dios mío, quisiera estar en un cerezo y que las cerezas brotasen de mi boca y que justo encima mío, en la escalera, estuviera la morena ardiente que hemos encontrado esta mañana temprano. ¡Klingsor, deja de pintar! Te invito a una buena comida en Laguno, pronto va a ser hora de comer.

-¿Vale la pena? -preguntó Klingsor parpadeando.

-La vale. Sólo que antes debo ir a toda prisa a la estación. Es que, lo confieso francamente, he telegrafiado a una amiga diciéndole que estoy a punto de morir; es posible que esté aquí hacia las once.

Entre risas, Klingsor rompió el estudio que había empezado.

-Tienes razón, joven. ¡Vayamos a Laguno! Ponte la camisa, Luigi. Aquí las costumbres son muy ingenuas, pero por desgracia no puedes ir desnudo a la ciudad.

Fueron a la ciudad, entraron en la estación. Llegó una mujer bonita. Comieron bien en un restaurante y Klingsor, que en sus meses de vida campestre había olvidado todo esto, se quedó asombrado de que todavía existiesen tales cosas, queridas y agradables cosas: truchas, jamón asalmonado, espárragos, Chablis, Dole de Valais, Benedictino. Después de comer, los tres subieron en un funicular por la empinada ciudad; pasaron entre casas, por delante de ventanas y jardines colgantes; era muy bonito. No se apearon y volvieron a descender, y de nuevo arriba y abajo. El mundo era bello y extraordinario, multicolor, algo dudoso, algo inverosímil, pero sin embargo maravilloso. Klingsor estaba un poco tímido, aparentaba sangre fría, no quería enamorarse de la bella amiga de Luigi. Fueron de nuevo a un café, pasearon por un vacío parque meridional, se tumbaron junto al agua, a la sombra de enormes árboles. Vieron muchas cosas que deberían ser pintadas: casas rojas de piedras preciosas sobre un verde intenso, zumaques cubiertos de azul y ocre.

-Has pintado cosas agradables y divertidas, Luigi -dijo Klingsor-, y todas me gustan mucho: astas de bandera, payasos, circos; pero la que prefiero es una mancha en tu cuadro del carrusel nocturno. ¡Sabes, sobre la marea violeta y lejos de toda luz ondea muy arriba en la noche una pequeña bandera fresca, rosa claro, tan bonita, tan limpia, tan terriblemente sola! Es como un poema de Li Tai Pe o de Paul Verlaine. En esta pequeña y estúpida bandera rosa está todo el dolor y la resignación del mundo y también toda la risa que provoca el dolor y la resignación. Te agradezco mucho que hayas pintado esta banderita que justifica tu vida. -Ya sé que te gusta.

-A ti también te gusta. Mira, si no hubieras pintado cosas como ésta, todas las buenas comidas, vinos, mujeres y cafés no te servirían para nada, serías un pobre diablo. Pero así, eres un rico diablo y eres un tipo a quien uno aprecia. Ves, Luigi, yo a menudo pienso como tú: todo nuestro arte es una simple sustitución, una sustitución penosa y que uno paga diez veces demasiado cara, de una animalidad perdida, de un amor perdido. Pero, sin embargo, no es así. Es completamente distinto. Se sobrevalora lo físico si se considera lo espiritual como una mera sustitución de lo físico ausente. Lo físico no es ni pizca más valioso que el espíritu, como tampoco lo es al revés. Lo mismo da, todo es igual de bueno. Es exactamente idéntico abrazar a una mujer o escribir un poema. Como lo importante es el amor, el ardor, la ternura, entonces da igual que seas monje en el Monte Athos o calavera en París.

Louis miró con ojos burlones.

-¡Joven, no te quites ningún adorno!

Los dos, junto con la hermosa mujer, vagaron por la comarca. Ambos tenían una mirada aguda. Era su fuerza. En las pequeñas ciudades y aldeas de los alrededores vieron Roma, Japón, vieron los Mares del Sur pero volvieron a destruir sus ilusiones con dedos juguetones; su capricho encendía estrellas en el cielo y las volvía a apagar. Hacían que sus juegos de artificio atravesaran las exuberantes noches; el mundo era burbujas de jabón, era ópera, era alegre locura.

Louis, el pájaro, deambulaba sobre su bicicleta por las colinas, iba de un lado a otro, mientras Klingsor pintaba. Algunos días los sacrificaba Klingsor, luego se sentaba fuera,

obstinado y trabajaba. Louis no quería trabajar. Súbitamente Louis se marchó con su amiga, y escribió una postal desde muy lejos. De pronto reapareció cuando Klingsor ya lo daba por perdido; se presentó a la puerta con el sombrero de paja y la camisa abierta, como si nunca se hubiera marchado. Y Klingsor volvió a beber la copa más dulce de su juventud: la bebida de la amistad. Tenía muchos amigos, muchos le querían, a muchos se había dado, a muchos había abierto su impulsivo corazón, pero sólo dos aún oyeron de sus labios, durante este verano, la vieja llamada del corazón: Louis el pintor y el poeta Hermann, llamado Thu Fu.

Louis pasaba muchos días en el campo, en su silla de pintor, a la sombra de los perales y de los ciruelos, pero no pintaba. Estaba sentado y pensaba; tenía un papel clavado en el caballete y escribía, escribía mucho, escribía muchas cartas. ¿Son felices las personas que escriben tantas cartas? Louis el despreocupado escribía intensamente, su mirada quedaba penosamente prendida del papel durante horas. Estaba ensimismado. Por eso le quería Klingsor.

Klingsor actuaba de otra manera. No podía callar. No podía ocultar su corazón. A sus amigos más íntimos les hablaba de las secretas penas de su alma, pocos las conocían. A veces tenía miedo, melancolía, a veces estaba preso en el pozo de las tinieblas, a veces descomunales sombras de su vida anterior caían sobre sus días y los ensombrecían. Entonces le gustaba ver la cara de Luigi. Entonces se le confiaba.

Pero Louis no veía con gusto estas debilidades. Le atormentaban, pedían compasión. Klingsor se acostumbró a mostrar su corazón al amigo y comprendió demasiado tarde que de esta manera le perdía.

Louis empezó a hablar otra vez de marcharse. Klingsor sabía que podría retenerle algunos días, tres, cinco, pero que un día, de pronto, le enseñaría la maleta preparada y se marcharía para no volver en mucho tiempo. ¡Qué corta era la vida, qué irreparable era todo! A los pocos amigos que comprendían plenamente su arte y cuyo arte era próximo y parecido al suyo los había asustado y molestado, los había disgustado y enfriado con su tonta debilidad y comodidad; meramente por la necesidad pueril e indecorosa de no tener que esforzarse ante un amigo, de no conservar una actitud ante él. ¡Qué tonto y qué pueril había sido! Así se reprendía Klingsor, demasiado tarde.

Durante los últimos días, rondaron juntos por los dorados valles. Louis tenía muy buen humor, viajar era un placer vital para su corazón de pájaro. Klingsor participaba. De nuevo habían encontrado el viejo tono ligero, juguetón y burlón, que ya no abandonaron más. Una tarde se sentaron en el jardín de la taberna. Encargaron pescado frito, arroz con setas y echaron marrasquino sobre los melocotones.

-¿Adonde vas a ir mañana? -preguntó Klingsor.

-No lo sé.

-¿Irás a casa de aquella hermosa mujer?

-Sí. Quizá. ¿Quién puede saberlo? No preguntes tanto. Ahora, para terminar, vamos a beber un buen vino blanco. Yo voto por un Neuchâtel.

Bebieron. De improviso Louis gritó:

-Es magnífico partir, viejo lobo de mar. Muchas veces, cuando estoy sentado cerca de ti, como ahora, por ejemplo, de repente me vienen a la cabeza tonterías. Me imagino que aquí están sentados los dos pintores que tiene nuestra querida patria, y siento una horrible sensación en las rodillas, como si los dos fuésemos de bronce y tuviéramos que estar en un monumento cogidos de la mano, sabes, como Goethe y Schiller. Al fin y al cabo ellos no tienen ninguna culpa de tener que estar eternamente de pie y cogidos de la mano de bronce, y de que se nos hayan hecho poco a poco tan fastidiosos y odiosos. Quizá fueron tipos realmente sutiles y muchachos encantadores; hace tiempo leí una obra de Schiller, verdaderamente bonita. Y ahora se le ha convertido en esto, en un animal famoso y que ha de estar junto a su hermano siamés, una cabeza de yeso junto a la otra. Y uno ve que sus obras reunidas forman corro y son explicadas en las escuelas. Es espantoso. Imagínate dentro de cien años a un profesor predicando a los estudiantes de bachillerato: Klingsor, nacido en

1877, y su contemporáneo Louis, llamado el Glotón, renovaron la pintura, liberaron el color del naturalismo; en un examen más detallado esta pareja de artistas se divide en tres periodos claramente discernibles... Antes prefiero arrojarme bajo una locomotora, hoy mismo.

-Sería inteligente, los profesores irían a parar bajo el tren.

-No existen locomotoras tan grandes. Ya sabes lo mezquina que es nuestra técnica.

Las estrellas ya se habían levantado. De pronto Louis chocó su vaso con el de su amigo.

-Bien. Brindemos y bebamos. Luego me sentaré en mi bicicleta y *adieu.* ¡Sin largas despedidas! El tabernero ya está pagado. ¡A tu salud, Klingsor!

Brindaron, vaciaron los vasos, Louis se subió a la bicicleta, agitó el sombrero y se marchó. Noche, estrellas, Louis estaba en China. Louis era una leyenda.

Klingsor sonrió tristemente. ¡Cuánto quería a aquella ave de paso! Permaneció mucho rato sobre la grava del jardín de la taberna, mirando la calle vacía.

EL DÍA DE CARENNO

Juntamente con los amigos de Barengo y con Agosto y Ersilia, Klingsor emprendió una excursión a Carenno. Salieron por la mañana temprano, marcharon en medio de flores de intenso perfume y de temblorosas telarañas cubiertas aún de rocío que jalonaban el camino. Atravesaron el cálido y escarpado bosque hacia el valle de Pampambio, donde en las amarillas calles dormían deslumbradoras casas, aturdidas por el día canicular, inclinadas y medio en ruinas. En el seco riachuelo, blancos sauces colgaban con pesadas alas sobre los prados dorados. La caravana multicolor de amigos navegaba por los caminos rosáceos a través del vaporoso valle: los hombres de blanco y amarillo, en seda y lino, las mujeres de blanco y rosa; la maravillosa sombrilla verde veronés de Ersilia centelleaba como una alhaja en una sortija mágica.

El doctor se lamentó melancólicamente con voz bondadosa.

-Es una lástima, Klingsor, sus magníficas acuarelas se volverán blancas dentro de diez años. Estos colores que usted prefiere, no resisten.

Klingsor:

-Sí, y lo que es peor, sus hermosos cabellos castaños, doctor, dentro de diez años serán grises, y un poco más tarde nuestros lindos y alegres huesos yacerán en algún hoyo. Por desgracia, también sus hermosos y sanos huesos, Ersilia. Muchachos, no queramos comenzar a ser razonables en la vida tan tarde. Hermann, ¿cómo dice Li Tai Pe? Hermann, el poeta, se detuvo y recitó:

La vida pasa como un relámpago,
cuyo brillo apenas hay tiempo de ver
Aunque la tierra y el cielo se paren,
qué veloz vuela el tiempo sobre el rostro del hombre.
¡Oh, tú, que estás ante una copa llena y no bebes!
Dime, ¿a quién esperas todavía?

-No -dijo Klingsor-, me refiero al otro verso, el de los cabellos que por la mañana aún eran negros. Al punto Hermann dijo el verso:

Por la mañana aún relucían tus cabellos como negra seda,
por la tarde la nieve ya se ha posado en ellos.
¡Quien no quiera soportar su cuerpo vivo muriendo,
que agite la copa y desafíe, como a un amigo, a la Luna!

Klingsor rió fuerte, con voz algo ronca.

-¡Viva Li Tai Pe! Tenía idea, sabía todo. Nosotros también sabemos todo, él es nuestro viejo hermano inteligente. Le hubiera gustado este día embriagador, como el de hoy. Sería hermoso que en una tarde así muriese Li Tai Pe en una barca sobre un río tranquilo. Veréis como hoy todo será maravilloso.

-¿Qué clase de muerte tuvo Li Tai Pe sobre el río? -preguntó la pintora.

Pero Ersilia interrumpió con su hermosa voz profunda.

-¡No, basta! ¡A quien diga otra palabra sobre la muerte y sobre el morir, no le querré más! *Finisca adesso, brutto Klingsor!*

Klingsor se acercó a ella riendo.

-¡Cuánta razón tiene usted, *bambina*\ Si digo otra palabra sobre morir, puede pegarme con la sombrilla en los dos ojos. ¡Pero, en serio, hoy es un día maravilloso, queridos amigos! Hoy canta un pájaro que es de leyenda; ya le oí por la mañana. Hoy sopla un viento mágico, el niño celestial despierta a las princesas durmientes y sacude el entendimiento de las cabezas. Hoy florece una flor legendaria y azul; sólo florece una vez en la vida y quien la cuida obtiene la gloria.

-¿Quiere decir algo con esto? -preguntó Ersilia al doctor. Klingsor la oyó.

-Quiero decir que este día no vuelve jamás y a quien no lo coma, lo beba, lo saboree, lo respire, no se le ofrecerá por segunda vez en toda la eternidad. Nunca brillará el sol como hoy; hoy hay una constelación en el cielo, una relación con Júpiter, conmigo, con Agosto y Ersilia y con todos nosotros que nunca jamás volverá en mil años. Por esto, porque lleva suerte, quisiera ir un rato a su izquierda y llevar su sombrilla de color esmeralda; bajo su luz mi cabeza parecerá un ópalo. Pero usted también debe contribuir y cantar una canción, una de las más bonitas que sepa.

Tomó del brazo a Ersilia, su rostro afilado se suavizó a la sombra verdeazulada de la sombrilla de la que estaba enamorado, le encantaban sus vivos y dulces colores.

Ersilia empezó a cantar:

II mio papa no vuole
Ch'io spos'un bersaglier.

Se le unieron varias voces. Siguieron cantando hasta llegar a un bosque, hasta que la cuesta se hizo demasiado empinada; el camino iba por una especie de escalera escarpada, por entre helechos, hacia la gran montaña.

-¡Qué maravillosamente lineal es esta canción! -alabó Klingsor-. El *papa* está contra los amantes, como sucede siempre. Ellos cogen un cuchillo bien afilado y matan al *papa*. Fuera con él. Lo hacen por la noche, no les ve más que la Luna que no les traiciona, y las estrellas que son mudas, y el buen Dios que ya les perdonará. ¡Qué bonito y sincero es esto! A un poeta actual se le apedrearía por una cosa así.

Trepaban por el angosto sendero del monte, a la sombra juguetona de los castaños. Cuando Klingsor alzó la vista, vio las delgadas pantorrillas de la pintora que brillaban rosadas a través de las medias transparentes. Miró hacia atrás y el turquesa de la sombrilla se arqueó sobre la negra cabeza de Ersilia. Iba vestida de seda violeta, la única figura oscura entre todas.

Junto a un caserío, azul y naranja, encontraron manzanas verdes caídas sobre la hierba, frescas y ácidas; las probaron. La pintora habló entusiasmada de una excursión que hizo por el Sena, en París, antes de la guerra. ¡Sí, París y el feliz pasado!

-No volverá nunca jamás.

-Ni debe volver -gritó el pintor violentamente y meneó furiosamente la recia cabeza de gavilán-. ¡Nada debe volver! ¿Para qué? ¡Qué clase de deseos infantiles son ésos! La guerra ha convertido todo lo anterior, incluso lo más estúpido, lo más superfluo, en un paraíso. Bien. Era hermoso París y Roma y Arles. ¿Pero es el hoy y el aquí menos hermoso? El paraíso no es París ni el tiempo de paz, el paraíso está aquí arriba, en la montaña; dentro de una hora

estaremos en él y encontraremos al buen ladrón al que se dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.» Salieron de la sombra salpicada de luz que el bosque proyectaba sobre el sendero y pasaron a la ancha carretera que, cálida y luminosa, conducía a lo alto en grandes espirales. Klingsor, con los ojos protegidos por unas gafas verdeoscuras, iba el último y a menudo se rezagaba para ver el movimiento de las figuras y sus constelaciones de colores. No había llevado nada para trabajar, adrede, ni el pequeño cuaderno de apuntes. Muchas veces permanecía quieto, emocionado por las imágenes. Su enjuta figura, blanca sobre la carretera rojiza, se destacaba solitaria al borde del bosquecillo de acacias. El verano caía ardiente sobre la montaña, la luz fluía perpendicular hacia abajo, los colores exhalaban cientos de vapores desde la profundidad. Sobre las montañas cercanas de tonos verdes y rojos con aldeas blancas, aparecían sendas azuladas. Más lejos otros caminos más luminosos y más azules y en último término los picos cristalinos e irreales de las montañas nevadas. Por encima del bosque de acacias y castaños sobresalía libre y poderosa la cresta rocosa y la cumbre agreste del Salute, de tonos rojizos y violeta claro. Lo más bello de todo eran las personas; parecían flores bajo una luz tamizada de verde; la sombrilla esmeralda brillaba como un enorme escarabajo, debajo el negro cabello de Ersilia, luego la blanca y esbelta pintora de rostro sonrosado, y todos los demás. Klingsor les sorbía con ojos sedientos, pero sus pensamientos estaban junto a Gina. No la volvería a ver hasta dentro de una semana. Estaba sentada en un despacho de la ciudad y escribía a máquina. Sólo lograba verla raras veces y nunca sola. Él la amaba, precisamente a ella que no sabía nada de él, que no le conocía, que no le comprendía; para ella él sólo era una rara y exótica ave, un famoso pintor extranjero. Era extraño que su deseo estuviese pendiente precisamente de ella, que ninguna otra copa amorosa le saciase. No estaba acostumbrado a rondar mucho tiempo a una mujer. A Gina la rondaba para estar una hora a su lado, para sostener sus dedos delgados y pequeños, para meter su zapato debajo del de ella, para depositar un rápido beso en su nuca. Pensaba mucho en esto, ya que para él mismo era un curioso enigma. ¿Era el viraje? ¿La edad? ¿Era simplemente la mutación de los catorce a los veinte años?

Habían alcanzado la cresta del monte y al otro lado se ofrecía a la vista un nuevo mundo: elevado e irreal, el Monte Gennaro, formado por pirámides y conos agudos y puramente escarpados, detrás el sol oblicuo; y todas las mesetas, relucientes como el esmalte, flotando sobre sombras de un violeta profundo. Aquí y allí el aire vibrante y, perdido en el fondo infinito, el pequeño brazo de mar azul, tranquilo y fresco tras las verdes llamas del bosque.

Sobre la cresta montañosa una diminuta aldea: una propiedad señorial con una pequeña vivienda, cuatro o cinco casas más de piedra, pintadas de azul y rosa, una capilla, una fuente, cerezos. El grupo se detuvo al sol junto a la fuente, Klingsor siguió adelante, atravesó el arco de un portal y entró en un sombreado caserío; en la parte de arriba había tres casas azuladas, con pocas ventanas, en el centro hierba y guijarros, una cabra, ortigas. Una cría corrió al verle. Él la llamó y sacó chocolate del bolsillo. La niña se detuvo, lo cogió, lo acarició lo comió; era tímida y hermosa, una pequeña morena con ojos asombrosamente negros, con piernas delgadas, desnudas y brillantes.

-¿Dónde vives? -le preguntó. Ella corrió hasta una puerta cercana que se abría en la hilera de casas. Una mujer surgió de un oscuro portal de piedra, como de una cueva prehistórica. Era su madre y también cogió chocolate. Un cuello moreno salía de un sucio vestido, un rostro ancho y firme, tostado por el sol, hermoso, boca gruesa, ojos grandes, de un encanto dulce y agreste; madre e hija evocaban clara y calladamente un lejano origen oriental. La saludó con gesto seductor, ella retrocedió sonriendo y colocó a la niña entre los dos. Él siguió adelante, decidido a volver. Quería pintar a esa mujer, o ser su amante, aunque sólo fuera una hora. Lo era todo: madre, niño, amante, animal, *madonna.*

Lentamente regresó junto a sus amigos, con el corazón lleno de sueños. La finca principal parecía cerrada y vacía. En sus muros estaban incrustadas viejas y rugosas balas de cañón. Una graciosa escalera conducía a través de la maleza a un bosquecillo y a una colina. En lo alto había un monumento, un busto barroco y solitario, vestido de Wallenstein, con

tirabuzones y perilla rizada. Una atmósfera fantasmal y fantástica se extendía por el monte, bajo la luz brillante del mediodía; algo extraordinario acechaba, el mundo estaba afinado en otro tono lejano. Klingsor bebió en la fuente, llegó volando una mariposa y sorbió en las gotas salpicadas sobre el borde de caliza.

Después de la cresta el sendero seguía adelante, bajo castaños, bajo nogales, soleado, sombreado. En un recodo, una ermita vieja y amarilla; en la hornacina, restos de viejas pinturas, una cabeza de santo angelical e infantil, un pedazo de vestidura roja y marrón, el resto estaba desmenuzado. A Klingsor le gustaban mucho las pinturas antiguas, cuando aparecían de improviso, le gustaban este tipo de frescos, le gustaba que esas hermosas obras volviesen al polvo y a la tierra.

Más árboles, vides, calles calurosas y cegadoras, otro recodo. Allí estaba su objetivo, repentino e inesperado: un pórtico oscuro, una iglesia alta y grande de piedra roja, un lugar lleno de sol, polvo y paz que clamaba alegre y confiadamente al cielo, césped ardiente que crujía bajo los pies, la luz del mediodía que rebotaba en las deslumbrantes paredes, una columna, una figura encima, invisible debido al torrente de sol, una balaustrada de piedra alrededor de una ancha plaza sobre el azul infinito. Más allá la aldea, Carenno, muy antigua, estrecha, tenebrosa, sarracena; sombrías cuevas de piedra bajo tejas marrones descoloridas, callejuelas agobiadoramente estrechas y oscuras y, de pronto, pequeñas plazuelas chillando al blanco sol; África y Nagasaki; encima el bosque, debajo el azul despeñadero, arriba nubes blancas, gruesas y satisfechas.

-¡Es cómico! -dijo Klingsor- ¡El tiempo que se necesita para conocer un poco de mundo! Una vez, cuando fui a Asia, hace años, pasé de noche con el rápido a seis kilómetros de aquí, quizá diez, y no sabía nada. Entonces iba a Asia y en aquel momento necesitaba hacerlo. Pero todo lo que hallé allí, también lo encuentro hoy aquí: selva, calor, hermosas gentes, extrañas y tranquilas, sol, santuarios. ¡Se necesita tanto tiempo para aprender a visitar en un solo día tres continentes! Aquí están. ¡Bien venida, India! ¡Bien venida, África! ¡Japón!

Los amigos conocían a una joven que vivía allí arriba. Klingsor se alegró mucho de la visita a la desconocida. Él la llamaba reina de las montañas, título de una misteriosa narración oriental de un libro de su adolescencia.

Impaciente, la caravana atravesó la azul garganta sombreada de la calleja; nadie, ningún ruido, ninguna gallina, ningún perro. Pero en la penumbra de una ventana Klingsor vio una silenciosa figura, una hermosa muchacha de ojos negros, con un pañuelo rojo en su pelo azabache. Su mirada, que acechaba calladamente a los extranjeros, se encontró con la suya, se miraron durante una larga respiración, hombre y muchacha, a los ojos, plena y gravemente, dos mundos extraños unidos por un instante. Entonces los dos se sonrieron rápida e íntimamente, el eterno saludo del sexo, la ansiosa, dulce y vieja enemistad. Con un simple paso hacia la esquina de la casa el extranjero se había esfumado, quedaba en el arcano de la muchacha, imagen junto a muchas imágenes, sueño junto a muchos sueños. El pequeño aguijón punzó el corazón nunca saturado de Klingsor, vaciló un instante y pensó en volver atrás; Agosto le llamaba, Ersilia empezaba a cantar. Un muro sombreado desaparecía a lo lejos, había una pequeña y clara plaza, silenciosa y deslumbrante bajo el mediodía encantado, con dos palacios amarillos, pequeños balcones de piedra, postigos cerrados, espléndido escenario para el primer acto de una ópera.

-Llegada a Damasco -dijo el doctor-. ¿Dónde vive Fátima, la perla de las mujeres?

La respuesta llegó de forma sorprendente del pequeño palacio. De la fresca penumbra que se percibía tras el balcón entreabierto, brotó un sonido extraño, otro y de nuevo diez veces, luego una octava más alta, otras diez veces; estaban afinando un piano, un piano que cantaba, lleno de sonido en medio de Damasco.

Ahí debía ser, ahí vivía ella. Pero la casa parecía no tener portal, sólo el muro amarillorrosáceo con dos balcones. Encima, en el revoque de la fachada, una vieja pintura: flores en azul y rojo y un papagayo. Aquí hubiera sido necesaria una puerta pintada. Cuando se golpease tres veces en ella y se pronunciase la palabra mágica de Salomón, se abriría el

Librodot

portalón pintado y un perfume de aceites persas recibiría al viajero; tras varios velos la reina de las montañas aparecería sentada en el alto trono. Sobre los peldaños las esclavas se inclinarían a sus pies, el papagayo pintado volaría al hombro de su dueño, chillando.

Encontraron una puerta diminuta en una callejuela adyacente; una potente campanilla, mecanismo diabólico, sonó con estridencia; una escalera abrupta, estrechísima, conducía arriba.

Era imposible imaginar cómo había llegado el piano a esta casa. ¿Por la ventana? ¿Por el tejado?

Un gran perro negro acudió precipitadamente, seguido por otro, como un pequeño león rubio. Mucho ruido. Los peldaños crujían. Al fondo el piano cantaba por undécima vez el mismo sonido. De una habitación pintada de color rosa brotaba una luz suave. Ruido de puertas. ¿Había un papagayo allí?

De pronto apareció la reina de las montañas, flor esbelta, enérgica y flexible, toda de rojo, llama ardiente, retrato de juventud. Ante los ojos de Klingsor se disiparon cien imágenes queridas y surgió la nueva, radiante. En seguida supo que la pintaría, no al natural, sino el destello que había recibido de ella, la poesía, el acento áspero y amable: juventud, rojo, rubio, amazona. La miraría durante una hora, quizá más. La miraría andar, sentarse, reír, bailar, quizá la oiría cantar. El día era completo, había encontrado su sentido. Lo que pudiese aún ocurrir era regalo, abundancia. Siempre era así: la aventura nunca llega sola, la anuncia el vuelo de los pájaros, la preceden mensajeros, augures, la mirada oriental, animal, de la madre bajo aquella puerta, la bella morena de la aldea en la ventana y...

En un segundo sintió, palpitante: «¡Si fuera diez años más joven, diez cortos años, ella podría tenerme, agarrarme, meterme en el bolsillo! ¡No, eres demasiado joven, tú, pequeña reina roja, eres demasiado joven para el viejo hechicero Klingsor! Te admirará, te aprenderá de memoria, te pintará, dibujará para siempre la canción de tu juventud; pero no hará ninguna peregrinación a tu alrededor, no subirá ninguna escalera hacia ti, no cometerá ningún asesinato ni tocará ninguna serenata ante tu bonito balcón. No, desgraciadamente no hará nada de esto, el viejo pintor Klingsor, el viejo cordero. No te amará, no te mirará como mira a la oriental, a la morena de la ventana que, tal vez, no es más joven que tú. Para ella no es demasiado viejo; sólo para ti, reina de las montañas, roja flor de monte. Para tí, clavel de piedra, es demasiado viejo. A ti no te basta el amor que Klingsor pueda ofrecerte, entre un día de trabajo y una tarde llena de vino rojo. Cuando haga tiempo que te hayas desvanecido, mis ojos te captarán mejor, esbelto mimbre. Te conocerán mejor.»

A través de habitaciones embaldosadas y de arcos abiertos se llegaba a una sala en la que figuras de estuco, barrocas y salvajes, se retorcían sobre altas puertas y alrededor de delfines pintados en un oscuro friso; caballos blancos, amorcillos rosas nadaban en un mar de leyenda densamente poblado. Un par de sillas y en el suelo las piezas del desmontado piano. No había mucho más en la gran habitación. Dos seductoras puertas conducían a los pequeños balcones, sobre el radiante escenario de ópera; en frente, se ufanaban los balcones del palacio vecino, con figuras pintadas. Un grueso cardenal rojo flotaba como una carpa dorada al sol.

No se marcharon. En la sala deshicieron las provisiones; cubrieron una mesa. Llegó el vino, extraño vino blanco del norte, ideal para evocar multitud de recuerdos. Habían ahuyentado al afinador de pianos. El descuartizado instrumento callaba. Klingsor, pensativo, miró las desnudas entrañas de cuerda; luego cerró la tapa suavemente. Le dolían los ojos, pero en su corazón cantaba el día de verano, cantaba la madre sarracena, cantaba azul y turgente el sueño de Carenno. Comía y brindaba con los demás, hablaba alegremente, pero, además, trabajaba: su mirada rodeaba el clavel de piedra, la flor de fuego, como el agua rodea al pez. Un cronista activo estaba en su cerebro y anotaba formas, ritmos, movimientos, con exactitud matemática.

Charla, risas llenaron la sala vacía. Inteligente y benévolo reía el doctor, profunda y amablemente Ersilia, fuerte e infernal Agosto, ligera como un ave la pintora. El poeta hablaba con cordura, Klingsor, burlón, observaba. Un poco tímida, la princesa roja iba entre sus

huéspedes, delfines y caballos. Estaba en todas partes, se detenía junto al piano, se acurrucaba sobre un almohadón, cortaba pan, ofrecía vino con mano inexperta, de muchacha. La alegría resonaba en la fría sala, los ojos brillaban negros y azules; ante los altos balcones luminosos estaba el mediodía deslumbrador.

El noble vino fluyó, claro, en los vasos. Era un adecuado contraste con la sencilla comida fría. La claridad del vestido de la reina fluyó brillante por la elevada sala. Claras y alertas, le seguían las miradas de todos los hombres. Desapareció. Volvió. Se había puesto una pañoleta verde. Desapareció y volvió. Se había puesto un pañuelo azul en la cabeza.

Después de comer, cansados y saciados, pero alegres, se marcharon al bosque. Se rumbaron en la hierba. Las sombrillas brillaban. Bajo los sombreros de paja ardían los rostros. El sol, resplandeciente, quemaba. La reina yacía roja sobre la hierba verde. Su fino cuello surgía de las llamas. Su alto zapato se ajustaba a su esbelto pie; Klingsor, a su lado, la estudiaba, la leía, se llenaba de ella, igual que, de muchacho, había leído la historia mágica de la reina de las montañas y se había llenado de ella. Descansaban, dormían, charlaban. Luchaban con las hormigas. Creían oír serpientes. Cáscaras de castaña se prendían en los cabellos de las mujeres. Se pensaba en los amigos ausentes que hubieran armonizado con estas horas. No eran muchos: Louis el Cruel, amigo de Klingsor, pintor de carruseles y circos; su espíritu fantástico flotaba sobre el grupo.

La tarde transcurrió corno un año en el paraíso. A la despedida todos rieron mucho, Klingsor se llevó todo en su corazón: la reina, el bosque, el palacio y la sala de los delfines, los dos perros y el papagayo.

Al bajar de la montaña con los amigos, paulatinamente se sintió invadido por la alegría y el entusiasmo que sólo le asaltaba raras veces, cuando abandonaba voluntariamente el trabajo. Cogido de la mano de Ersilia, de Hermann, de la pintora, bajaba la soleada calle bailando, entonaba canciones, se divertía ingenuamente con chistes y juegos de palabras, reía completamente entregado. Se adelantó a los demás corriendo y se escondió en una emboscada para asustarles.

Por de prisa que fueran, el sol iba aún más de prisa y en Palazetto ya se sumergía tras la montaña. Abajo, en el valle, ya anochecía. Habían perdido el camino y habían subido demasiado, estaban hambrientos y cansados. Tenían que abandonar el plan que habían tramado: ir campo a través hasta Barengo, comer pescado en la taberna de la aldea marinera.

-Queridos amigos -dijo Klingsor, que se había sentado sobre un muro junto al camino-, nuestros planes eran realmente muy bonitos y una buena cena en casa de pescadores o en el Monte d'Oro me dejaría ciertamente muy satisfecho. Pero no vamos a ir tan lejos, al menos yo. Estoy cansado y tengo hambre. De aquí no doy un paso que vaya más lejos del próximo Grotto, que evidentemente no está lejos. Allí hay vino y pan, con esto basta, ¿Quién viene conmigo?

Fueron todos. Encontraron el Grotto; en una pequeña *tenaza* en la montaña escarpada había bancos y mesas de piedra a la sombra de los árboles, el tabernero trajo vino fresco de la bodega cavada en la roca; había pan. Se sentaron sin hablar y comieron, contentos de descansar por fin. Tras los altos árboles el día se apagaba, la montaña azul se oscurecía, las calles rojas empalidecían, y se oía abajo, en las calles nocturnas, el motor de un coche y el ladrido de un perro, en el cielo comenzaban a surgir estrellas y en la tierra luces, difíciles de distinguir unas de otras.

Klingsor estaba sentado feliz, tranquilo, miraba la noche, se llenaba lentamente de pan negro, vaciaba en silencio la jarra azulada de vino. Una vez saciado, empezó de nuevo a charlar y a cantar, se mecía al ritmo de la canción, jugaba con las mujeres, olía el perfume de sus cabellos. El vino le pareció bueno. Viejo seductor, fácilmente proponía seguir adelante, bebía vino, lo ofrecía, brindaba de forma encantadora, pedía más vino. Sortilegios multicolores, símbolos de la vanidad, brotaban lentamente de las jarras azuladas de arcilla, recorrían el mundo, daban color a las estrellas y a la luz.

Estaban sentados en lo alto, en columpios suspendidos sobre el abismo del mundo y de la

Librodot

noche, como pájaros en jaulas de oro, sin patria, sin peso, frente a las estrellas. Ellos, los pájaros, cantaban canciones exóticas, dejaban correr la imaginación de sus ebrios corazones por la noche, por el cielo, por el bosque, por el incierto y encantado universo. Contestaron las estrellas y la luna, el árbol y la montaña, Goethe estaba allí sentado y Hafis; olía ardientemente a Egipto e íntimamente a Grecia, Mozart sonreía, Hugo Wolf tocaba el piano en la noche perdida.

Estalló un estrépito terrible, la luz relampagueó: debajo de ellos, en el corazón de la tierra, volaba un tren con cien ventanas de luz deslumbradora, atravesando la montaña y la noche; encima de ellos, en el cielo, resonaban las campanas de una iglesia invisible. La media luna subía acechante sobre la mesa, miraba su reflejo en el vino oscuro, arrancaba de las tinieblas la boca y los ojos de una mujer. Sonreía y seguía subiendo, cantaba a las estrellas. El espíritu de Louis el Cruel se acurrucaba sobre un banco, solitario, y escribía cartas.

Klingsor, rey de la noche, con alta corona en el pelo, respaldado en un asiento de piedra, dirigía la danza del mundo, daba el compás, llamaba a la luna, dejaba que desapareciese el tren. Se había marchado como una constelación que cae en los confines del cielo. ¿Dónde estaba la reina de las montañas? ¿No sonaba un piano en el bosque, no gruñía a lo lejos el pequeño león desconfiado? ¿No había llevado ella un pañuelo azul en la cabeza? ¡Eh, viejo mundo, ten cuidado no te derrumbes! ¡Acá, bosque! ¡Hacia allí, montaña negra! ¡Mantened el compás! ¡Estrellas, sed azules y rojas como en la canción popular!; «¡Tus ojos rojos y tu boca azul!»

Era bonito pintar, pintar era un juego bonito y agradable para niños buenos. Era distinto, difícil y más pesado, dirigir las estrellas, el compás de la propia sangre, seguir los círculos de colores de la propia retina en el mundo, hacer que vibre la propia alma al viento de la noche. ¡Basta contigo, montaña negra! ¡Conviértete en nube, vuela a Persia, llueve en Uganda! ¡Ven, espíritu de Shakespeare, cántanos tu ebria canción burlesca de la lluvia que cae cada día!

Klingsor besó una pequeña mano de mujer, se recostó sobre un delicioso seno femenino que respiraba. Debajo de la mesa un pie jugaba con el suyo. No sabía ni qué mano, ni qué pie, sintió cariño a su alrededor, nuevamente sintió viejos encantos y lo agradeció, aún era joven, aún estaba lejos del final, de él aún emanaba resplandor y seducción, ellas aún le amaban, las buenas mujercitas tímidas aún contaban con él.

Él seguía floreciendo. Con voz baja, cantarina, empezó a contar una prodigiosa epopeya, la historia de un amor, o mejor dicho de un viaje a los Mares del Sur, donde en compañía de Gauguin y de Robinson había descubierto la isla del Papagayo y había fundado el estado libre de la isla afortunada. ¡Cómo habían brillado los mil papagayos a la luz de la tarde, cómo habían reflejado sus azules colas en la bahía verde! Sus gritos y el grito plurivocal del gran mono le saludaron como un trueno, a él, a Klingsor, cuando proclamó su estado libre. Le había encargado al blanco Kakadu la construcción de un baño, y con el gruñón cálao había bebido vino de palma en pesadas copas de coco. ¡Oh, luna de antaño, luna de las noches felices, luna sobre la cabaña de estacas en el cañaveral! Ella se llamaba Kül Kalüa, la tímida princesa morena, esbelta y de largas articulaciones; andaba por el bosque de bananeros, brillante como la miel, bajo el suculento techo de las hojas gigantes, con ojos de corza en el suave rostro, ardor de gata en la espalda fuerte y flexible, salto de gata en el tobillo elástico y en la pierna nervuda. Kül Kalüa, niña, pasión antigua e inocencia infantil del sagrado Sudeste, mil noches te tumbaste sobre el pecho de Klingsor, y cada una de ellas era nueva, era más íntima, más dulce que todas las anteriores. ¡Oh, fiesta del genio de la tierra, en la que bailaba ante *el* Dios la doncella de la isla del Papagayo!

Sobre la isla, sobre Robinson y Klingsor, sobre la historia y los oyentes se abovedaba la blanca noche de estrellas, la montaña se hinchaba, como un vientre y un pecho que respiran suavemente, bajo los árboles, las casas y los pies de los hombres; la húmeda luna bailaba con delirios sobre el hemisferio del cielo secundada por las estrellas en la silenciosa danza salvaje. Hileras de estrellas estaban ensartadas, como resplandeciente cuerda del funicular hacia el paraíso. El bosque primitivo se oscurecía maternalmente, el fango del antiguo mundo

Librodot

respiraba decadencia y procreación, la serpiente y el cocodrilo se deslizaban, se desbordaba el torrente de creaciones.

-Volveré a pintar -dijo Klingsor- mañana mismo. Pero no estas casas, esta gente y estos árboles. Pintaré cocodrilos y estrellas de mar, dragones y culebras color púrpura, y todo en evolución, en transformación, ansioso de convertirse en persona, ansioso de ser estrella, lleno de nacimiento, lleno de descomposición, lleno de Dios y de muerte.

En medio de sus suaves palabras y a lo largo de las ebrias y revueltas horas sonaba la voz profunda y clara de Ersilia, cantaba tranquilamente para sí misma la canción del *bel mazzo di fiori*. De su canción emanaba paz. Klingsor la oía como si estuviera en una isla lejana, flotando en el mar, más allá del tiempo y de la soledad. Puso su jarra de vino vacía boca abajo, no volvió a llenarla. Escuchó. Un niño cantaba. Una madre cantaba. ¿Qué era uno, un tipo perdido y malvado, bañado en el fango del mundo, un vagabundo y carroña, o era un niño pequeño y tonto?

-Ersilia -dijo con respeto-, eres nuestra estrella.

Agarrándose a ramas y raíces, atravesaron cuesta arriba el escarpado bosque en tinieblas y reaparecieron más lejos buscando el camino de regreso. Habían llegado a la linde del bosque, habían entrado en el campo, el estrecho camino por el maizal olía a noche y a regreso, la mirada de la luna se reflejaba en la hoja de maíz, huyendo a través de hileras de vid. Ahora cantaba Klingsor, en voz baja, cálidamente, cantaba mucho, en alemán *y* en malayo, con y sin palabras. En su suave cantar derramaba abundancia acumulada, igual como una pared sombreada a la tarde esparce la luz que ha recogido durante el día.

Aquí se despidió uno de los amigos, y allí otro, desvaneciéndose por el pequeño sendero a la sombra de la vid. Cada uno iba por su lado, cada uno existía para sí mismo, cada uno buscaba el regreso, cada uno estaba solo bajo el cielo. Una mujer besó a Klingsor al darle las buenas noches, su boca aspiró ardientemente en la de él. Giraban, se fundían todos. Cuando Klingsor subió solo la escalera hacia su casa, aún seguía cantando. Cantaba y alababa a Dios y a sí mismo, ensalzaba a Li Tai Pe y ensalzaba el buen vino de Pampambio. Como un ídolo, descansó sobre las nubes de la afirmación.

-Por dentro -cantaba- soy como una bola de oro, como la cúpula de una catedral, en la que uno está de rodillas, reza. Dios irradia desde la pared, en otra imagen sangra el Salvador, sangra el corazón de María. Nosotros también sangramos, nosotros los demás, nosotros los extraviados, nosotros estrellas y cometas, siete y catorce espadas atraviesan nuestro pecho feliz. Te quiero a ti, mujer rubia y morena, quiero a todos, incluso a los filisteos; sois pobres diablos como yo, sois pobres niños, semidioses impertinentes como el borracho Klingsor. ¡Salve, querida vida! ¡Salve, querida muerte!

KLINGSOR A EDITH

Querida estrella del cielo de verano:

¡Qué bien me has escrito y con cuánta razón! Tu amor me llama con dolor, como una eterna pena, como un eterno reproche. Pero vas por buen camino sí me confiesas a mí y a ti misma cada sensación de tu corazón. ¡No califiques ningún sentimiento de pequeño, de indigno! Todos son buenos, muy buenos, incluso la envidia, incluso los celos, incluso la crueldad. Nosotros sólo vivimos de nuestros pobres, bellos y magníficos sentimientos, Y cada vez que somos injustos con algo, apagamos una estrella.

No sé si amo a Gina. Lo dudo. No haría ningún sacrificio por ella. Después de todo no sé si puedo amar. Puedo desear y puedo buscarme en las demás personas, sondear en busca de eco, ansiar un espejo, puedo buscar placer, y todo ello puede parecer amor.

Nosotros dos, tú y yo, vamos por el mismo laberinto, por el jardín de nuestros sentimientos, que, en este desagradable mundo, se han quedado insatisfechos. Y cada uno a su

manera nos vengamos de ello en el horrible mundo. Pero queremos realizar alguno de los sueños, porque sabemos cuán rojo y dulce sabe el vino del sueño.

Sólo ven claramente sus sentimientos y la «trascendencia» y consecuencia de su actuación las personas buenas, seguras, que creen en la vida y que no dan ningún paso que no puedan seguir aprobando mañana y pasado mañana. Yo no tengo la suerte de contarme entre ellas. Siento y actúo como alguien que no cree en el mañana y que considera cada día como el último.

Querida y esbelta mujer, intento sin fortuna expresar mis pensamientos. ¡Son siempre tan muertos los pensamientos que se expresan! ¡Dejémosles vivir! Noto profundamente, y te lo agradezco, que me comprendes, que algo en ti me es afín. No sé cómo se puede anotar esto en el libro de la vida, no sé si nuestros sentimientos: amor, voluptuosidad, gratitud, compasión, son maternales o infantiles. A veces considero a las mujeres como viejas libertinas expertas, y otras veces como muchachuelas. A veces me seduce con más fuerza la mujer más inocente, otras veces la más lasciva. Todo lo que debo amar es bello, es sagrado, es infinitamente bueno. No se puede medir el porqué, cuánto tiempo, ni en qué medida.

No te quiero sólo a ti, tú lo sabes, ni tampoco quiero sólo a Gina; mañana y pasado mañana querré otras imágenes, pintaré otras imágenes. Pero no me arrepentiré de ningún amor que haya sentido, ni de ninguna sabiduría o tontería que haya cometido por su causa. A ti te quiero quizá porque te pareces a mí. A otras las quiero porque son tan distintas de mí.

Es tarde, la luna está sobre el Salute. ¡Cómo ríe la vida, cómo ríe la muerte! Arroja esta tonta carta al fuego y arroja al fuego

a tu *Klingsor.*

LA MÚSICA DEL OCASO

Había llegado el último día de julio; el mes favorito de Klingsor. La gran época festiva de Li Tai Pe se había gastado, no volvería jamás; los girasoles chillaban en el jardín, dorados en el azul. Junto con el fiel Thu Fu, este día Klingsor peregrinó por un rincón que le gustaba, arrabales abrasados, calles polvorientas bajo altas arboledas, chozas pintadas de rojo y naranja en la orilla arenosa, camiones y cargadores de barcos, largos muros violeta, gente pobre y multicolor. Aquella tarde se sentó en el polvo en las afueras de un arrabal y pintó los toldos de colores y los carros de un tiovivo; estuvo sentado en cuclillas, en el bordillo de la acera, ante un campo tostado, sin árboles, y se sintió arrastrado por los fuertes colores de los toldos. Se agarró firmemente al lila desteñido de la franja de un toldo, al verde y rojo de los pesados carros vivienda, a los armazones pintados en blanco y azul. Hurgó furiosamente en el cadmio, salvajemente en el fresco y suave cobalto; trazó las rayas de color granza sobre el cielo amarillo y verde. Otra hora más, o quizá menos, y se terminaría, llegaría la noche. Y mañana ya empezaba agosto, el mes ardiente y febril que mezcla en su copa tanto temor a la muerte y tanta angustia. La guadaña estaba afilada, los días declinaban, la muerte reía escondida en el oscuro follaje. ¡Cadmio, suena y resuena fuerte! ¡Vanagloriate en voz alta, exuberante granza! ¡Ríe con fuerza, amarillo limón! ¡Vamos, montaña azul oscuro de la lejanía! ¡Junto a mi corazón vosotros, extenuados árboles gris-verde! ¡Qué cansados estáis, cómo dejáis caer vuestras ramas rendidas y dóciles! ¡Y yo os bebo, fantasmas propicios, finjo ante vosotros duración e inmortalidad, yo, el más perecedero, el más incrédulo, el más triste, que teme más que todos vosotros a la muerte! Julio se ha consumido, pronto se consumirá agosto; de repente en una mañana llena de rocío el gran espectro nos hará temblar al salir del amarillo follaje. De repente noviembre barrerá el bosque. De pronto el gran espectro reirá, de pronto se nos helará el corazón, de pronto se nos caerá de los huesos la querida carne rosada, el chacal aullará en el desierto, el ronco alimoche cantará su maléfica canción. Una maldita hoja de la gran ciudad

traerá mi fotografía y debajo estará escrito: «Excelente pintor, expresionista, gran colorista, murió el día dieciséis de este mes.»

Lleno de odio, trazó un surco de azul de París entre los verdes carros de los gitanos. Lleno de rencor trazó un borde amarillo cromo sobre el recantón. Lleno de profunda desesperación puso bermellón en un punto vacío, exterminó el blanco retador, luchó por la continuación hasta sangrar; con verde claro y amarillo de Nápoles clamó al Dios inexorable. Gimiendo, arrojó más azul en el insípido verde polvo; suplicante, encendió luces interiores en el cielo vespertino. La pequeña paleta llena de colores limpios, sin mezcla, extraordinariamente luminosos, era su consuelo, su torre, su arsenal, su breviario, su cañón que dispararía después de su mala muerte. El púrpura era la negación de la muerte, el bermellón era la mofa de la putrefacción. Su arsenal era bueno, su pequeña y valiente tropa estaba reluciente, los rápidos disparos de sus cañones resonaban brillantemente. No había remedio, todo disparo era en vano, pero, sin embargo, disparar era bueno, era dicha y consuelo, era vida aún, era aún triunfo.

Thu Fu había ido a visitar a un amigo que vivía allí, entre la fábrica y el embarcadero, en su castillo encantado. Vino y trajo consigo al astrólogo armenio.

Klingsor, con el cuadro terminado, respiró profundamente cuando vio a su lado los dos rostros, el buen pelo rubio de Thu Fu, la barba negra y la boca sonriente con dientes blancos del mago. Con ellos vino también la sombra, larga y oscura, con los ojos muy retraídos en las profundas cavidades. ¡Bien venido seas tú también, sombra querida!

-¿Sabes qué día es hoy? -preguntó Klingsor a su amigo.

-El último día de julio, ya lo sé.

-Hoy he hecho un horóscopo -dijo el armenio- y he visto que esta tarde me traerá alguna cosa. Saturno está inquietante, Marte neutral, Júpiter domina. Li Tai Pe, ¿no nació usted en julio?

-Nací el dos de julio.

-Lo pensaba. Sus estrellas están confusas, amigo mío, sólo usted mismo puede aclararlas. Le rodea la fertilidad como una nube que está a punto de reventar. Extrañas están sus estrellas, Klingsor, usted debe notarlo.

Li recogió sus utensilios. El mundo que había pintado estaba apagado, apagado el cielo amarillo y verde, ahogada la bandera azul claro, asesinado y marchito el hermoso amarillo. Estaba hambriento y sediento, tenía la garganta llena de polvo.

-Amigos -dijo afectuosamente-, pasemos juntos esta tarde. Ya no volveremos a estar reunidos los cuatro; no lo leo en las estrellas, está escrito en mi corazón. Mi luna de julio ha pasado, sus últimas horas arden oscuras, en la profundidad llama la gran madre. Nunca el mundo fue tan bello, nunca uno de mis cuadros fue tan hermoso; relampaguea, suena la música del ocaso. Queremos cantar a coro la dulce música angustiosa, vamos a estar aquí reunidos, beber vino y comer pan.

Junto al tiovivo, cuyo toldo había sido retirado y el artilugio preparado para la noche, había una pequeña taberna a la sombra: unas mesas bajo los árboles y una criada coja que servía. Se quedaron aquí. Se sentaron en una mesa de madera, se trajo pan y se escanció vino en las tazas de arcilla. Bajo los árboles ardían luces, más allá empezó a sonar el organillo del tiovivo, con violencia lanzaba su estridente música en medio de la noche.

-Hoy quisiera vaciar trescientas copas -gritó Li Tai Pe y brindó con la sombra-. ¡Salve, sombra, constante soldado de plomo! ¡Salve, amigos! ¡Salve, luces eléctricas, focos y resplandecientes lentejuelas del tiovivo! ¡Ojalá estuviera aquí Louis, el pájaro fugaz! Quizá ya está en el cielo volando hacia nosotros. Quizá vuelva mañana, el viejo chacal, y ya no nos encuentre y ría y plante luces y astas de bandera sobre nuestra tumba.

Callado, el mago fue y trajo más vino; sus dientes blancos sonreían alegremente en su boca roja.

-La melancolía -dijo lanzando una mirada a Klingsor- es una cosa que uno no debería llevar consigo. Es tan fácil, es cuestión de una hora, una hora escasa, pero intensiva, con los

dientes apretados, luego uno ha terminado con la melancolía para siempre.

Klingsor miraba atentamente su boca, sus dientes claros y brillantes que en una hora ardiente habían ahogado y mordido la melancolía. ¿También él podía hacer lo que había podido hacer el astrólogo? ¡Oh, dulce y corta mirada a jardines lejanos: vida sin miedo, vida sin melancolía! Sabía que estos jardines le eran inaccesibles. Sabía que le estaba determinada otra cosa, que Saturno le miraba de otra manera, que Dios quería cantar otras canciones en sus cuerdas.

-Cada uno tiene sus estrellas -dijo Klingsor lentamente-, cada uno tiene su creencia. Yo sólo creo en una cosa: en el ocaso. Vamos en coche sobre el precipicio y los caballos se han asustado. Estamos en el ocaso, todos nosotros, debemos morir, debemos volver a nacer, para nosotros ha llegado el gran viraje. Por doquier es igual; la gran guerra, la gran transformación en el arte, la gran derrota de los estados del oeste. En nuestra vieja Europa ha muerto todo lo que era bueno para nosotros y nos pertenecía; nuestro buen juicio se ha convertido en equivocación, nuestro dinero es papel, nuestras máquinas ya sólo pueden disparar y explotar, nuestro arte es suicidio. Vamos hacia abajo, amigos, así está determinado, el tono de Tsing Tse es bueno.

El armenio sirvió vino.

-Como usted quiera -dijo-. Uno puede decir que sí y puede decir que no, es un simple juego de niños. La caída es algo que no existe. Para que hubiera caída y subida tendría que haber abajo y arriba. Pero abajo y arriba no existen, sólo están en el cerebro del hombre, en el país de las ilusiones. Todos los antagonismos son ilusiones: blanco y negro es una ilusión, muerte y vida es una ilusión, bueno y malo es una ilusión. Es cuestión de una hora, una hora ardiente con los dientes apretados y uno ha vencido al reino de las ilusiones.

Klingsor escuchó su buena voz.

-Yo hablo de nosotros -contestó-, hablo de Europa, de nuestra vieja Europa que durante dos mil años creyó ser el cerebro del mundo. Esto se hunde. ¿Crees que no te conozco, mago? Eres un enviado de Oriente, un enviado a mí también, quizás un espía, quizás un general disfrazado. Estás aquí porque aquí empieza el fin, porque presientes aquí la caída. Pero nosotros nos hundimos con gusto, sabes, nos morimos con gusto, no oponemos resistencia.

-También puedes decir: con gusto volveremos a nacer -rió el asiático-. A ti te parece ocaso, a mí quizá me parece nacimiento. Ambas cosas son ilusión. El hombre que cree en la tierra como en el disco fijo bajo el cielo, ve y cree ascensión y caída. ¡Y casi todos los hombres creen en el disco fijo! Las mismas estrellas no conocen encima ni debajo.

-¿No han caído estrellas? -exclamó Thu Fu.

-Para nosotros, para nuestros ojos.

Llenó las tazas, siempre escanciaba él, era servicial y además sonreía. Se fue con la jarra vacía a buscar más vino. La música del tiovivo sonaba estridente.

-Vayamos al otro lado, es tan bonito -pidió Thu Fu, y allí fueron, estuvieron junto a las pintadas barreras, en el

brillo punzante de lentejuelas y de espejos vieron girar con brío el tiovivo, vieron a cien niños con los ojos ávidos de brillo. Por un momento Klingsor sintió profunda y alegremente lo primitivo de esta máquina que gira, de esta música mecánica, de estas imágenes y colores llamativos y salvajes; espejos y columnas de adorno, todo tenía los rasgos de curandero y chamán, de magia y antiquísima ratonera, y en el fondo todo el brillo brutal y salvaje no era más que el brillo brusco de la cuchara de hojalata, que el lucio toma por un pececillo, que le atrae y engaña.

Todos los niños tenían que ir en el tiovivo. Thu Fhu dio dinero a todos los niños, la sombra invitó a todos los niños. Les rodearon en grupos, se colgaron de ellos, les suplicaron, les agradecieron. Una muchacha rubia y bonita, de doce años, a la que le daban todo, dirigía cada vuelta. Al resplandor de las luces su corta falda ondeaba graciosamente alrededor de sus bellas piernas de adolescente. Un chico lloraba. Unos muchachos se peleaban. Los platillos chocaban junto al órgano, echaban fuego al compás, opio al vino. Los cuatro permanecieron

largo rato en el tumulto.

Luego volvieron a sentarse bajo el árbol, el armenio sirvió vino en las tazas, alimentaba el ocaso, sonreía vivamente.

-Hoy vamos a vaciar trescientas copas -cantaba Klingsor; su cráneo quemado brillaba moreno, sus carcajadas resonaban fuertes. La melancolía postró un gigante sobre su estremecido corazón. Brindó, ensalzó el ocaso, el querer morir, el tono de Tsing Tse. La música del tiovivo resonaba con estrépito. Pero dentro de su corazón yacía el miedo, el corazón no quería morir, el corazón odiaba la muerte.

De pronto sonó una segunda música furiosa en la noche, estridente, impetuosa, que procedía de la casa. En la planta baja, junto a la chimenea, cuya cornisa estaba llena de botellas de vino bien colocadas, restallaba un piano mecánico, una ametralladora, brutal, precipitada, infernal. Desde tonos desafinados gritaba la pena; el ritmo agobiaba con la pesada apisonadora de sus disonancias gimientes. El pueblo estaba allí, luz, ruido, los mozos y las muchachas bailaban, también la criada coja, también Thu Fu. Bailaba con la muchachita rubia, Klingsor miraba como su corto vestido de verano ondeaba ligera y graciosamente alrededor de sus delgadas y bonitas piernas, el rostro de Thu Fu sonreía amablemente lleno de amor. En el rincón de la chimenea estaban sentados los otros, que habían regresado del jardín, cerca de la música, en medio del alboroto. Klingsor veía sonidos, oía colores. El mago cogió botellas de la chimenea, las abría, las ofrecía. Su sonrisa avivaba su moreno rostro inteligente. La música retumbaba terriblemente en la sala baja. El armenio fue abriendo lentamente una brecha en la hilera de botellas viejas que había sobre la chimenea, como un ladrón de templos quita los utensilios del altar cáliz tras cáliz.

-Eres un gran artista -susurró el astrólogo a Klingsor, mientras llenaba su taza-. Eres uno de los mayores artistas de esta época. Tienes razón de llamarte Li Tai Pe. Pero tú, Li Tai, eres una persona acosada y pobre, atormentada y angustiada. Has entonado la música del ocaso, estás sentado cantando en tu casa en llamas, que tú mismo has incendiado, y no te sientes bien así, Li Tai Pe, aunque vacíes cada día trescientas copas y brindes con la luna. No te sientes bien así, te duele mucho, cantor del ocaso. ¿No quieres detenerte? ¿No quieres vivir? ¿No quieres subsistir?

Klingsor bebió y le respondió susurrando con su voz algo ronca.

-¿Puede torcerse el destino? ¿Existe la libertad de la voluntad? ¿Puedes tú, astrólogo, cambiar la dirección de mis estrellas?

-Yo no puedo guiarlas, sólo interpretarlas. Sólo tú puedes guiarte a ti mismo. Existe la libertad de la voluntad. Se llama magia.

-¿Por qué debo cultivar la magia, si puedo cultivar el arte? ¿No es bueno el arte?

-Todo es bueno. Nada es bueno. La magia suprime las ilusiones. La magia suprime aquella pésima ilusión que nosotros llamamos «tiempo».

-¿No lo hace también el arte?

-Lo intenta. ¿Te basta tu julio pintado, que tienes en la carpeta? ¿Has suprimido el tiempo? ¿No temes el otoño, el invierno?

Klingsor suspiró y calló, bebió en silencio, en silencio el mago llenó su taza. El desenfrenado piano mecánico bramaba locamente, entre los bailarines flotaba el rostro angelical de Thu Fu. Julio se terminaba.

Klingsor jugaba con las botellas vacías sobre la mesa, las colocaba en círculo.

-Éstos son nuestros cañones -exclamó-, con estos cañones destrozamos el tiempo, destrozamos la muerte, destrozamos la miseria. Yo he disparado contra la muerte también con colores, con el verde ardiente, con el bermellón llamativo, con el dulce granza. Muchas veces la he alcanzado en el cráneo, la he cazado en los ojos, blanco y azul. A menudo la *he* ahuyentado. La volveré a encontrar, la venceré, la engañaré. Mira al armenio, vuelve a abrir otra botella y nos dispara el sol apresado el verano pasado en la sangre. El armenio también nos ayuda a matar a la muerte, el armenio tampoco conoce otra arma contra la muerte.

El mago trajo pan y comió.

-Contra la muerte no necesito ninguna arma, porque la muerte no existe. Pero existe una cosa: miedo a la muerte. Uno puede curarlo, contra él existe un arma. Es cosa de una hora dominar el miedo. Pero Li Tai Pe no quiere. Li ama la muerte, ama su miedo a la muerte, su melancolía, su miseria, sólo el miedo le ha enseñado todo lo que puede y todo lo que nos hace quererle.

Brindó con ironía, sus dientes relucían, su rostro estaba cada vez más alegre, parecía desconocer la pena. Nadie respondió. Klingsor disparó con el cañón de vino contra la muerte. Ante las puertas abiertas de la sala estaba la muerte, enorme, que hinchaban las personas, el vino y la música de baile. Enorme era la muerte delante de las puertas, se agitaba ligeramente junto a la acacia, acechaba en el jardín sombrío. Fuera todo estaba lleno de muerte, lleno de muerte, sólo aquí, en la estrecha y resonante sala, aún se luchaba, se luchaba magnífica y audazmente contra el negro asediador que lloriqueaba cerca de la ventana.

El mago miró irónicamente por encima de la mesa, irónicamente llenó las tazas. Klingsor ya había roto muchas tazas, pero él le daba cada vez otra nueva. El armenio también había bebido mucho, pero se mantenía erguido igual que Klingsor.

-¡Déjanos beber, Li! -se rió en voz baja-. Tú amas la muerte, te gusta caer, te gusta morir. ¿No lo dijiste así o estoy equivocado, o a mí y a ti mismo nos has engañado? ¡Déjanos beber, Li, déjanos caer!

La cólera invadió a Klingsor. Se levantó, estaba erguido, derecho, el viejo gavilán de cabeza afilada, escupió en el vino, arrojó al suelo su taza llena. El vino rojo salpicó la sala, los amigos palidecieron, los extraños reían.

Callado y sonriente, el mago trajo una nueva taza, la llenó, sonriente, la ofreció a Li Tai. Li sonreía y él también. En su rostro desfigurado se deslizó la sonrisa corno un rayo de luna.

-¡Muchachos -gritó-, dejad hablar a este forastero! Sabe muchas cosas, el viejo zorro, viene de un escondido y profundo vientre. Sabe mucho, pero no nos entiende. Es demasiado viejo para comprender a los niños. Es demasiado sabio para comprender a los locos. Nosotros, los mortales sabemos más de la muerte que él. Nosotros somos personas, no estrellas. ¡Mirad mi mano que sostiene una pequeña taza azul llena de vino! Puede mucho, esta mano, esta mano morena. Ha pintado con muchos pinceles, ha arrancado de las tinieblas nuevos pedazos de mundo, y los ha presentado a los hombres. Esta mano morena ha acariciado la barbilla de muchas mujeres, ha seducido a muchas muchachas; la han besado; sobre ella han caído lágrimas, Thu Fu le ha dedicado un poema. Esta querida mano, amigos, pronto estará llena de tierra y de gusanos, ninguno de vosotros la volverá a tocar. Bien, precisamente por esto la quiero. Quiero mi mano, quiero mis ojos, quiero mi blanco y tierno vientre, los quiero con pesar y con mofa y con gran ternura, porque todos ellos deben secarse y pudrirse tan pronto. ¡Sombra, oh tú, oscuro amigo, viejo soldado de plomo sobre la tumba de Andersen, también sucederá lo mismo contigo! ¡Brinda conmigo, nuestros queridos miembros y entrañas deben vivir!

Brindaron, la sombra sonrió tenebrosamente desde sus profundos ojos hundidos. Y súbitamente algo recorrió la sala, como un viento, como un espíritu. De improviso la música se había callado, de golpe, como si se hubiera extinguido; los bailarines se habían esparcido, tragados por la noche, y la mitad de las luces se habían apagado. Klingsor miró hacia las negras puertas. Fuera estaba la muerte. Él la veía. La olía. Como las gotas de lluvia en el follaje de la carretera, así olía la muerte.

Li apartó de su lado la taza, retiró la silla y salió lentamente de la sala, al oscuro jardín y más allá, en las tinieblas, bajo los relámpagos, solo. El corazón le pesaba en el pecho, como la losa sobre una tumba.

ANOCHECER DE AGOSTO

Al atardecer llegó Klingsor muy cansado -había pintado toda la tarde al sol y al viento en Manuzzo y Veglia- al bosque sobre Veglia, a un pequeño y dormido Canvetto. Logró llamar a una anciana tabernera que le trajo una taza de arcilla llena de vino; se sentó sobre una cepa de nogal ante la puerta y deshizo la mochila, dentro encontró aún un pedazo de queso y algunas ciruelas, y tomó su cena. La anciana se sentó a su lado, blanca, encorvada y desdentada; arrugado cuello y ojos tranquilos. Contó la vida de su pueblo y de su familia, la guerra y la carestía y el estado de los campos, el vino y la leche y lo que cuestan; habló de los nietos muertos y de los hijos emigrados. Todas las épocas y constelaciones de esta pequeña vida campesina quedaban desplegadas clara y amablemente, ásperas en su pobre belleza, llenas de alegría y de preocupaciones, llenas de miedo y de vida. Klingsor comió, bebió, descansó, escuchó, preguntó por los niños y por los animales, por el cura y por el obispo, alabó con amabilidad el miserable vino, ofreció la última ciruela, dio la mano, deseó buenas noches y, apoyado en el bastón y cargado con la bolsa, siguió cuesta arriba, despacio, hacia el bosque, en busca de albergue.

Eran las doradas horas tardías, por doquier aún ardía la luz del día, la luna ya brillaba y los primeros murciélagos flotaban en el aire trémulo. La linde del bosque estaba iluminada por la última luz. Apacible. Claros troncos de castaños ante negras sombras. Una cabaña amarilla reflejaba suavemente la luz absorbida durante el día, ardía dulcemente como un topacio amarillo; los pequeños caminos, rosa y violeta, llevaban por campos, viñas y bosques, de vez en cuando alguna rama amarilla de acacia, el cielo occidental, dorado y verde, sobre los azules montes aterciopelados.

¡Oh, poder trabajar aún ahora, en el último cuarto de hora encantado del maduro día de verano que nunca volverá! ¡Qué indescriptible era todo, qué tranquilo, bueno y pródigo, qué lleno de Dios!

Klingsor se sentó en la fresca hierba, extendió mecánicamente la mano para coger el lápiz y dejó caerla sonriendo. Estaba muerto de cansancio. Sus dedos palpaban la hierba seca, la blanda tierra seca. ¡Cuánto faltaba aún para que se terminase este querido y excitante juego! ¡Cuánto tiempo aún para tener la mano y la boca y los ojos llenos de tierra! Aquel día Thu Fu le había enviado un poema que recordaba y lo dijo lentamente para sí:

Del árbol de la vida
caen las hojas.
Una tras otra.
¡Oh, mundo multicolor y vacilante!
¡Cómo sacias y fatigas,
cómo embriagas!
Perderé pronto aquello que hoy aún brilla.
El viento silbará sobre mi oscura tumba.
La madre se inclina sobre el niño.
Quiero ver sus ojos de nuevo,
su mirada es mi estrella.
Todo lo demás puede irse,
desvanecerse.
Todo muere,
y muere de buen grado.
Queda, sólo, la eterna madre,
nuestro origen.
Sus dedos juguetones escriben,
en el aire,
nuestro nombre. Fugaz.

Así estaba bien. ¿Cuántas vidas, de las diez que poseía, le quedaban? ¿Tres? ¿Dos? En

cualquier caso le quedaba más de una, más de una honrada y vulgar vida cosmopolita y burguesa. Había hecho mucho, había visto mucho, había pintado mucho papel y mucha tela, había despertado amor y odio en muchos corazones, había sido escándalo en el arte y en la vida; había sido un viento fresco en el mundo. Había amado a muchas mujeres, había destruido muchas tradiciones y cosas sagradas; había osado lo nuevo. Había vaciado muchas copas, aspirado un sinfín de días y noches estrelladas, había ardido bajo muchos soles, había nadado en muchas aguas. Y ahora estaba sentado aquí, en Italia, India o China. El caprichoso viento de estío movía la copa de los castaños. El mundo era bueno y perfecto. Ya no importaba si conseguiría pintar cien cuadros o diez; si viviría diez veranos o uno solo. Se había cansado. Cansado. Todo muere, todo muere de buen grado. ¡Querido Thu Fu!

Era hora de regresar a casa. Vacilaría en la habitación, recibiría el viento a través del balcón. Encendería la luz y desharía sus bocetos. El interior del bosque con mucho amarillo cromo y azul de China era, quizá, bueno. Alguna vez daría un cuadro. Ya era hora, pues, de levantarse.

Sin embargo, permaneció sentado, con el viento en el pelo, en la sucia y agitada chaqueta, con sonrisa y dolor en el corazón de la tarde. El viento soplaba suave y débil, suave y silenciosamente se tambaleaban los murciélagos en el pálido cielo. Todo muere, todo muere de buen grado. Sólo queda la eterna madre.

También podía dormir aquí, al menos una hora. Hacía calor. Puso la *cabeza* sobre la mochila y miró el cielo. ¡Qué bello es el mundo, cómo sacia y cansa!

Unos pasos resonaron en la montaña, fuertes. Suelas ligeras de madera. Entre helechos y retamas apareció una figura, una mujer. Los colores de su vestido no podían distinguirse. Se acercaba con paso rápido y regular. Klingsor se levantó de un salto y gritó buenas noches. Ella se asustó un poco y se detuvo. Él la vio de frente. La conocía, aunque no sabía de dónde. Era bonita y morena, sus firmes y bellos dientes brillaban con claridad.

-¡Caramba! -exclamó y le dio la mano. Sintió que algo le unía a esta mujer, algún pequeño recuerdo. -¿Nos conocemos?

-*Madonna!* ¡Usted es el pintor de Castagnetta! ¿Me ha reconocido?

Sí, ahora sabía. Era una campesina de Taverne. Una vez, junto a su casa, en el ya sombrío y confuso pasado de este verano, había pintado durante algunas horas, había sacado agua de su pozo, había dormido una hora a la sombra de la higuera y, finalmente, había obtenido de ella un vaso de vino y un beso.

-No ha vuelto más -se quejó ella-. Y me lo había prometido. -En su voz profunda sonaban la travesura y la provocación. Klingsor respondió vivaz:

-¡*Ecco*, tanto mejor que hayas venido a mí! ¡Qué suerte tengo, precisamente ahora que estaba tan solo y triste!

-¿Triste? No diga mentiras, señor, usted bromea. No se le puede creer ni una palabra. Bien, debo seguir adelante.

-¡Oh! Entonces te acompaño.

-No es su camino ni es necesario. ¿Qué puede pasarme?

-A ti nada. A mí. Puede llegar alguien que te guste. Iría contigo y besaría tu querida boca, tu cuello y tu hermoso pecho, en lugar de hacerlo yo. No puede ser.

Había puesto la mano alrededor de su nuca y ya no la soltó.

-¡Estrella, mi pequeña! ¡Tesoro! ¡Mi pequeña y dulce ciruela! Muérdeme o te como yo.

Besó a la mujer en la boca fuerte y abierta. Se inclinaba hacia atrás. Forcejeaba, pero cedió. Rió, intentó liberarse. Sacudió la cabeza. La mantenía junto a él, su boca sobre la de ella, su mano en su pecho. Su pelo olía, como el verano, a heno, a retama, a helecho, a zarzamora. Un momento, al tomar aliento a fondo, levantó la cabeza y vio que en el cielo brillaba la primera estrella, pequeña y blanca. La mujer calló, su rostro estaba serio, suspiró, puso su mano sobre la de él y la apretó fuertemente contra su pecho. Él se inclinó suavemente y apretó el brazo en las corvas, que ya no continuaron resistiendo. La acostó en la hierba.

-¿Me has amado? -preguntó ella, como una muchachita-. *Povera me!*

Bebieron la copa, el viento pasaba sobre su cabello y se llevaba su aliento.

Antes de despedirse buscó en la mochila, en los bolsillos de su chaqueta, algo que regalarle. Encontró una pequeña tabaquera de plata, aún medio llena de tabaco. La vació y se la dio.

-¡No se trata de ningún regalo, evidentemente! -aseguró él-. Sólo un recuerdo para que no me olvides.

-Yo no te olvido -dijo ella-. ¿Volverás?

Se entristeció. La besó en los dos ojos, con lentitud.

-Volveré -dijo.

Durante un rato oyó, inmóvil, resonar sus pasos sobre suelas de madera, monte abajo, sobre la pradera, a través del bosque, sobre la tierra, la roca, el follaje, las raíces. Se había marchado. El bosque, en la noche, era negro. El viento soplaba tibio sobre la tierra apagada. Alguna cosa, tal vez un hongo, tal vez un helecho mustio, olía fuerte y amargamente a otoño.

Klingsor no podía decidirse a regresar. ¿Para qué subir la montaña, para qué ir a su habitación con todos los cuadros? Se estiró en la hierba y miró las estrellas y, finalmente, se durmió. Avanzada la noche, el grito de un animal o un golpe de viento o el frío rocío le despertó. Subió a Castagnetta, encontró su casa, su puerta, su habitación. Había cartas y flores. Habían venido amigos de visita.

Estaba muy cansado; a pesar de ello, según la vieja y tenaz costumbre, deshizo sus cosas, miró sus bocetos a la luz de la lámpara. El interior del bosque era hermoso, la hierba y la roca resplandecían frescas y deliciosas como una cámara del tesoro, oscura pero atravesada por un rayo de luz. Había sido una buena idea trabajar sólo con el amarillo cromo, el naranja y el azul y dejar el verde cinabrio. Miró la hoja durante mucho rato.

Pero ¿para qué? ¿Para qué todas las hojas llenas de color? ¿Para qué todo el esfuerzo, todo el sudor, todo el corto y ebrio afán de crear? ¿Había salvación? ¿Había tranquilidad? ¿Había paz?

Extenuado, casi desnudo, se hundió en la cama, apagó la luz, intentó dormir y susurró para sí los versos de Thu Fu:

El viento silbará sobre mi oscura tumba.

Klingsor escribe a Louis el cruel

Caro Luigi! Hace mucho tiempo que ya no se oye tu voz. ¿Vives aún a la luz? ¿Roe el buitre tu osamenta?

¿Has hurgado alguna vez con una aguja de hacer media en un reloj de pared parado? Yo lo hice una vez y he comprobado que de repente la maquinaria estuvo poseída por el demonio. El tiempo rechinó, las manecillas hacían carreras alrededor de la esfera, con un ruido lúgubre giraban locamente, *prestissimo,* hasta que todo se interrumpió bruscamente y el reloj entregó el alma. Exactamente igual nos sucede aquí: el sol y la luna corren acosados como corredores de Amor; los días se suceden rápidamente, el tiempo se escapa como por un agujero. Afortunadamente el final también será repentino y este mundo ebrio se extinguirá en lugar de caer en un compás burgués.

Estos últimos días he estado demasiado ocupado para que pudiera pensar algo (¡qué cómico suena, sin embargo, cuando uno dice una frase como ésta: «para que pudiera pensar algo»!). Pero por la tarde te encuentro a faltar. Entonces suelo sentarme en cualquier parte del bosque, en una de las muchas bodegas, y bebo el querido vino tinto que, en realidad, la mayoría de las veces no es bueno, pero que, sin embargo, ayuda a soportar la vida y estimula el sueño. Algunas veces me he dormido incluso en la mesa, en el Grotto, en medio de las risas de la gente del país. He comprobado que no siempre se está tan mal con mi neurastenia. A

veces hay amigos y muchachas y empleo mis dedos en plastificar miembros femeninos. Se habla de sombreros y de tacones. Y de arte. A veces se logra alcanzar una buena temperatura, entonces gritamos y reímos toda la noche y la gente se alegra de que Klingsor sea tan calavera. Hay aquí una mujer muy guapa. Cada vez que la veo me pregunta por ti.

El arte que ambos cultivamos depende, como diría un profesor, cada vez más estrechamente del objeto (estaría bien hacer jeroglíficos). Nosotros seguimos pintando, aunque con escritura un tanto libre, bastante excitante para el burgués, las cosas de la «realidad»: personas, árboles, ferias, trenes, paisajes. Con ello nos sujetamos aún a los convencionalismos. «Reales» llama el burgués a las cosas que todos o unos pocos perciben y describen. Tengo la intención, tan pronto como haya pasado este verano, de pintar durante cierto tiempo sólo fantasías, sobre todo sueños. Con ello sucederá, en parte, algo que te es grato; será locamente divertido y maravilloso, como en la historia de Collofino, el cazador de liebres de la catedral de Colonia. Si notara también que el suelo pierde consistencia bajo mis pies y que ya no ansío los años y las acciones futuras, quisiera todavía asir, para siempre, algunos cohetes de este mundo. Un comprador de cuadros me escribió hace poco que veía con admiración cómo en mis últimos trabajos yo experimentaba una segunda juventud. Algo de esto es cierto. Me parece que en realidad sólo este año he empezado a pintar. Pero lo que experimento, más que una primavera es una explosión. Es asombroso ver cuánta dinamita hay todavía en mí. La dinamita no se ha hecho para arder en una cocina.

Querido Louis, muchas veces me he alegrado, en secreto, de que seamos dos viejos libertinos tan conmovedoramente pudorosos y que nos guste tirarnos mutuamente los platos a la cabeza cuando alguno deja traslucir sus sentimientos. ¡Que siga así, viejo erizo!

Estos días hemos celebrado en aquel Grotto, junto a Barengo, una fiesta con pan y vino. Nuestro canto sonó espléndido en el alto bosque, a medianoche. Las antiguas canciones romanas. Se necesita tan poco para ser feliz cuando uno se hace viejo y empieza a sentir frío en los pies: de ocho a diez horas de trabajo al día, un litro de Piamontés, media libra de pan, un Virginia, un par de amigas y, por supuesto, calor y buen tiempo. Nosotros lo tenemos, el sol funciona excelentemente, mi cráneo está tostado como el de una momia.

Muchos días tengo la sensación de que mi vida y mi trabajo acaban de empezar, pero otras veces tengo la sensación de que he trabajado duramente ochenta años y que tengo derecho al descanso, a la fiesta. Todos llegamos un día al fin, Louis, también yo, también tú. Sabe Dios lo que te estoy escribiendo. Se me nota algo indispuesto. Son hipocondrías, tengo mucho dolor en los ojos. A veces me persigue el recuerdo de un trabajo que leí hace años sobre desprendimiento de retina.

Si miro hacia abajo desde mi balcón, que tú conoces, entonces me resulta evidente que aún debemos seguir activos durante un buen tiempo. El mundo es indeciblemente bonito y diverso desde este alto balcón verde. Resuena noche y día, me grita y me llama, y siempre salgo corriendo y le arrebato un pedazo, un pedazo diminuto. El verde paisaje de aquí, con el seco verano, se ha hecho extraordinariamente luminoso y rojizo; nunca hubiera pensado que volvería a utilizar el rojo inglés y el siena. Se aproxima el otoño, rastrojeras, vendimia, cosecha del maíz, bosques rojos. De nuevo voy a participar en todo esto, día a día, y a pintar un centenar de estudios. Pero luego, siento que haré camino hacia dentro y de nuevo, como hice cuando era joven, pintaré exclusivamente del recuerdo y de la fantasía, haré historias y tramaré sueños. Debo hacerlo.

Un gran pintor parisiense a quien un joven artista le pedía consejo, le dijo: «Joven, si quiere ser un pintor no olvide que ante todo debe comer bien. En segundo lugar es importante la digestión. ¡Procure tener una evacuación regular! Y en tercer lugar: ¡tenga siempre una bonita amiga!» Sí, debería suponerse que yo he aprendido estos principios del arte y que, aquí, apenas pueden faltarme. Pero este año, ¡caramba!, ni estas simples cosas me van bien. Como poco y mal, muchas veces sólo pan en todo el día, a veces estoy preocupado con mi estómago (te lo digo a ti, ¡la cosa más inútil que puede preocuparle a uno!) y tampoco tengo una verdadera amiga, sino que me dedico a cuatro o cinco mujeres. Estoy por igual agotado y

hambriento. Le falta algo al reloj y desde que hurgué con la aguja vuelve a correr realmente, pero rápido como el demonio, y rechina de modo extraño! ¡Qué fácil es la vida cuando se está sano! Nunca has recibido una carta larga de mí, excepto quizás en la época en que discutíamos sobre las paletas. Quiero terminar, son cerca de las cinco, empieza la luz bella. Te saluda tu

Klingsor.

Posdata:

Me acuerdo de que te gustaría tener un pequeño cuadro mío, el más chino, el que hice con la choza, el camino rojo, los árboles dentados de color verde veronés y con la lejana ciudad de juguete al fondo. Ahora no puedo enviártelo, ni sé tan sólo dónde estás. Pero te pertenece. En todo caso quería decírtelo.

KLINGSOR ENVÍA UN POEMA A SU AMIGO THU FU
(De los días en que pintaba su autorretrato)

Estoy sentado, de noche, en el bosquecillo.
Al viento.
El otoño corroe la rama que canta.
El tabernero, gruñendo, corre a la bodega
a llenar mi botella vacía.

Mañana, mañana me despellejará la pálida muerte.
Su guadaña chirriante en mi roja carne.
Sé desde hace tiempo que está al acecho,
feroz enemigo.
Canto durante la noche, para burlarme de ella.
Balbuzco mi ebria canción en el bosque cansado.
Para reírme de su amenaza
canto y bebo.

Mucho hice y sufrí, viajero de largo camino.
Al anochecer me siento, bebo y espero inquieto
a que la reluciente hoz
separe la cabeza del corazón palpitante.

EL AUTORRETRATO

Los primeros días de setiembre, después de muchas semanas de un sol inusitadamente ardiente y seco, llovió. Klingsor pintó en la sala de altas ventanas de su *palazzo* en Castagnetta su autorretrato, que hoy está expuesto en Frankfurt.

Este bello cuadro, terrible y, a la vez, encantador, su última obra realizada totalmente, se sitúa al final de su creación de aquel verano, al final de una época de trabajo enormemente ardiente, delirante, como su punto culminante, su coronación. A muchos les ha extrañado que

todos los conocidos de Klingsor le reconocieran en seguida y sin ninguna duda, a pesar de que jamás un retrato ha estado tan alejado de todo parecido naturalista.

Como todas las obras tardías de Klingsor, este autorretrato podía mirarse desde distintos puntos de vista. Para algunos, especialmente para los que no conocían al pintor, el cuadro es ante todo un concierto de colores, un maravilloso tapiz, equilibrado, tranquilo y noble a pesar del colorido. Otros ven en él el último intento, audaz y desesperado, de liberarse de lo concreto: un rostro pintado como un paisaje, los cabellos recuerdan follaje e hileras de árboles, las cuencas de los ojos grietas en las rocas. Dicen que el cuadro recuerda la naturaleza, como algunas lomas recuerdan la cara de un hombre, como algunos troncos de árbol recuerdan manos y brazos humanos, de lejos, como una alegoría. Muchos, sin embargo, por el contrario, sólo ven en esta obra el objeto, el rostro de Klingsor, descompuesto e interpretado por él mismo con inexorable psicología; una gigantesca confesión, una confesión sin miramientos, a gritos, que conmociona, sacude. Otros, entre los que se encuentran algunos de sus más acerbos críticos, ven en este cuadro precisamente un producto, un indicio de la presunta locura de Klingsor. Comparan la cabeza del cuadro con el original, en fotografía, y encuentran en la deformación y exageración de las formas elementos negroides, degenerados, atávicos, bestiales. Muchos de estos críticos destacan lo fantástico, fetichista de este cuadro, ven en él una forma de autoadmiración maniaca, una blasfemia y autoadoración, una forma de megalomanía religiosa. Todos estos puntos de vista y otros muchos son válidos.

Durante el tiempo que trabajó en este cuadro, Klingsor no salió, excepto de noche, para beber; comía sólo pan y fruta que le llevaba la patrona. No se afeitaba y tenía un aspecto terrible con sus hundidos ojos bajo la quemada frente. Pintaba sentado y de memoria; sólo de vez en cuando iba al espejo, grande, pasado de moda, colgado en la pared norte, con zarcillos de rosa pintados en ella. Sacudía la cabeza, abría los ojos, hacía una mueca.

Muchos, muchísimos rostros veía tras el rostro de Klingsor en el gran espejo entre los estúpidos zarcillos de rosas, muchos rostros pintaba en su cuadro: rostros de niño, dulces y asombrados, sueños de joven, llenos de ensueño y de ardor, burlones ojos de alcohólico, labios de sediento, de perseguido, de hombre que sufre, de buscador, de libertino, de *enfant perdu.* Construyó la cabeza de forma majestuosa y brutal, un ídolo de la selva virgen, un Jehová celoso, enamorado de él mismo, un espantajo, ante el cual se sacrificaba a hijos primogénitos y a mujeres jóvenes. Éstos eran algunos de sus rostros. También eran rostros del que cae, del que se hunde, del que acepta su declive: crecía musgo sobre su cráneo. Los viejos dientes estaban torcidos, la piel apergaminada y en las arrugas había costra y moho. Y esto precisamente es lo que algunos amigos prefieren del cuadro. Dicen: es el Hombre, *ecce homo,* cansado, ansioso, salvaje, infantil, hombre refinado de nuestra época tardía, el hombre europeo moribundo, que quiere morir; refinado por cada anhelo, enfermo por cada vicio, entusiasmado por la conciencia de su decadencia, preparado para todo progreso, maduro para cualquier retroceso, todo ardor y también todo fatiga, el destino y el dolor producen, como la morfina, veneno; aislado, socavado, vetusto, Fausto y Karamazov al mismo tiempo, animal y sabio, completamente desnudo, sin ambición, despojado, lleno de miedo infantil ante la muerte y lleno de cansada disposición para morir.

Y más allá, más al fondo, detrás de todos estos rostros dormían rostros más viejos, más profundos, más lejanos, prehumanos, animales, vegetales, pétreos, tal como el último hombre de la tierra recuerda, en el instante antes de la muerte, como en un sueño, todas las realizaciones de su tiempo pasado y de su juventud.

Klingsor vivía aquellos atormentados días como en trance. Por la noche se llenaba de vino y luego permanecía, con la vela en la mano, ante el espejo, observaba el rostro, el irónico y triste rostro del borracho. Una de aquellas tardes tenía en su casa una amante, sobre el diván del estudio. Mientras la abrazaba, desnuda, volvió su mirada al espejo. Vio junto al pelo de ella su desfigurado rostro, lleno de lujuria, de asco ante la lujuria, con ojos enrojecidos. Le dijo que volviera al día siguiente. Pero había captado la aversión y no volvió.

Por la noche dormía poco. Se despertaba a menudo, angustiado por alguna pesadilla, la

cara sudorosa, salvaje y harto de vivir, saltaba de la cama al poco rato, se miraba de hito en hito en el espejo del armario, leía el desierto paisaje de estas destrozadas formas, sediento, lleno de odio, o sonriente, malicioso. Tuvo un sueño en el que se veía torturado, le clavaban agujas en los ojos, le arrancaban la nariz con ganchos; dibujó la torturada cara, con las agujas en los ojos, a carbón, en la cubierta de un libro; después de su muerte encontramos este extraño trabajo. Atacado por una repentina neuralgia se dirigió encorvado a un silla, rió y gritó de dolor y puso su deformada cara ante el espejo, observó las contracciones, se mofó de las lágrimas.

Pintó en este cuadro no sólo su rostro, o sus mil rostros, sus ojos y labios, el corte crispado de su boca, las grietas de su frente, las expresivas manos, los dedos convulsos, el sarcasmo de la razón, la muerte en los ojos. Pintó, además, su vida, con esa escritura voluntariosa, llena, concisa y palpitante; pintó su amor, su fe, su duda. Pintó también grupos de mujeres desnudas, arrastradas por el viento como pájaros, víctimas propiciatorias del ídolo Klingsor, y un adolescente con rostro de suicida, lejanos templos y bosques, un viejo Dios barbudo, poderoso y necio, un pecho de mujer atravesado por un puñal, mariposas con rostros en las alas, y al final del cuadro, cerca del caos y de la muerte, un fantasma gris que clava un dardo pequeño como una aguja en el cerebro del propio Klingsor.

Después de haber pintado durante horas, la inquietud le dominaba, se movía sin tregua y trémulo por la habitación, las puertas se cerraban tras él, tiraba las botellas del armario, los libros de las estanterías, los manteles de las mesas, se tumbaba en el suelo, se asomaba a la ventana y aspiraba profundamente, buscaba otros dibujos y fotografías y llenaba el suelo, las mesas, la cama y las sillas de la habitación con papeles, cuadros, libros, cartas. Todo volaba caótico y triste cuando el viento y la lluvia entraban por la ventana. Encontró, en medio de tantas cosas, fotografías de su niñez, una fotografía de cuando tenía cuatro años, vestido con un claro traje de verano, con rubios cabellos y un dulce rostro. Encontró imágenes de sus padres, fotografías de sus novias de antaño. Todo le interesaba, le excitaba, le atormentaba, todo le arrastraba de un lado a otro, se apoderaba de todo para arrojarlo después, hasta que se estremecía de nuevo. Lo colgaba de su tabla de madera y seguía pintando. Abría profundos surcos en el terreno escabroso de su retrato, edificaba el amplio templo de su vida para expresar con fuerza la eternidad de su existencia, con sollozos su fragilidad, con afecto su cómica alegoría, con ironía su condena a la descomposición.

Se levantó otra vez de un salto, ciervo acosado, y corrió, con trote de cautivo, por su habitación. Le dominó la alegría y un profundo arrebato de creación como una húmeda y regocijadora tormenta, hasta que el dolor volvió a arrojarle al suelo y le tiró a la cara pedazos de su vida y de su arte. Rezó ante su cuadro y le escupió. Estaba loco como está loco todo creador. Pero en la locura de su creación hizo todo lo que su obra exigía, con una infalible lucidez, como un noctámbulo. Sintió, crédulo, que en esta cruel lucha por su retrato no sólo realizaba el rostro y el balance de un individuo, sino de lo humano, general y necesario. Sentía que estaba de nuevo ante un deber, ante el destino, y que todo el miedo, la huida, las náuseas y el vértigo que había sentido antes, eran sólo miedo y huida ante ese deber. No tuvo más miedo, no hubo huida ya, ahora sólo quedaba el marchar hacia delante, sólo impulso y acicate, victoria y muerte. Venció y se hundió, sufrió y rió, se abrió paso a mordiscos, mató y murió, dio a luz y nació.

Un pintor francés quiso visitarle, la patrona le condujo al vestíbulo, el desorden y la suciedad imperaban por doquier. Llegó Klingsor, colores en las mangas, colores en la cara, gris, sin afeitar. Cruzó la habitación con largos pasos. El forastero le transmitió saludos de París y Ginebra, le expresó su admiración. Klingsor giraba por la habitación, no parecía oír. El forastero, perplejo, calló y empezó a marcharse, pero entonces Klingsor se le acercó, le

puso su mano llena de pintura en el hombro, le miró a los ojos.

-Gracias -dijo lentamente, con dificultad-, gracias, querido amigo. Trabajo, no puedo hablar. Se habla demasiado, siempre. No se enfade usted conmigo, salude a mis amigos, dígales que les quiero.

Y desapareció de nuevo.

El cuadro lo colocó, al final de estos días atormentados, en la vacía cocina, que cerró. No lo enseñó nunca. Después se tomó unas pastillas de veronal y durmió un día y una noche sin parar. Después se lavó, se afeitó, se puso ropa Limpia, fue a la ciudad y compró fruta y cigarrillos para regalárselos a Gina.